



BOLSILIBROS
EASA

TERROR



EL SECRETO DEL LAGO KACHAPI

Kellton McIntire

EL SECRETO DEL LAGO KACHAPI

Kelltom Mc Intire

EDITORIAL ANDINA, S. A.

© **KELLTOM McINTIRE**

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.
I. S. B. N. 84-06-02706-1
Depósito legal: M. 34.721 - 1980

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (Madrid)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

A pesar de la subnormalidad, Betty Kanner era una niña preciosa. Acababa de cumplir doce años y su aspecto era el de una adolescente. Rubia, de ojos azules profundos y serenos, su madre la peinaba con una simple «cola de caballo» que le daba un aspecto muy gracioso y atractivo.

Naturalmente, Betty acudía a un colegio especializado. Su profesora, la señora Diamond, estaba muy satisfecha de los progresos de la niña.

— Haremos de ella toda una mujercita, con la ayuda del Todopoderoso —solía decir la buena señora Diamond.

Betty era la hija única del matrimonio compuesto por Arthur Kanner y su esposa, Olivia. Por supuesto, sus padres la cuidaban con tanta delicadeza y afán como se merecía Betty, una niña callada y tranquila, sumisa y obediente.

El señor Kanner era el jefe de policía de Greensville, una población de unos veinte mil habitantes. Por la mañana, el jefe Kanner llevaba a

Betty en su automóvil hasta el colegio, situado a unos tres kilómetros de Greenville. Por la tarde, hacia las cinco, era devuelta a su domicilio por el servicio de transporte escolar. Hugh Brown, conductor del autobús, entregaba a la niña personalmente en el domicilio de los Kanner.

A partir de esa hora, Betty merendaba con su madre en la cocina y luego salía a jugar un rato al cuidado jardín que poseían los Kanner en la parte posterior de su casa. Había varios corpulentos castaños, un grupo de pinos enanos, rocallas, macizos de azaleas, rosales y geranios. Aquel primoroso conjunto estaba limitado por una valla de madera de un metro de altura que daba a un camino poco transitado.

Betty jamás se movía de allí. Jugaba con su balón, hacía tortitas de arena en el centro del jardín o se mecía placenteramente en el columpio que el propio Arthur Kanner había colgado de la gruesa rama de un castaño.

A pesar de sus doce años, Betty poseía la mentalidad de una niña de seis o siete. Había tenido graves dificultades con el lenguaje hablado, pero gracias a los desvelos de su profesora especializada, la señora Diamond, Betty había logrado expresarse casi correctamente.

Aquella tarde de finales de octubre, el autobús escolar se detuvo con un chirrido de frenos ante la bonita casa de los Kanner. Antes de que Hugh Brown hiciese sonar su claxon de la forma convenida, Olivia Kanner salió a la calle y recogió a su hijita.

— ¿Todo bien, Betty? —preguntó cariñosamente la señora Kanner. Y Betty asintió con el gesto.

Hugh Brown alzó la mano en señal de despedida y Olivia Kanner hizo otro tanto. Después el autobús se alejó y madre e hija entraron en la casa.

Durante unos minutos, Olivia estuvo haciendo algunas preguntas a su hija, relacionadas con la jornada escolar.

— ¿Quieres merendar? —preguntó. Y Betty asintió.

Por lo común, solía asentir o negar con el gesto. Esto venía a ser una secuela de sus anteriores dificultades con el lenguaje. Para Betty era más fácil mover la cabeza en uno u otro sentido que contestar por medio de la palabra.

Así, pues, Olivia Kanner le preparó una gran rebanada de pan untado en crema de cacahuets y la niña comenzó a comer con apetito.

—Jugar... jardín —dijo un momento después.

Su madre echó una ojeada a través de la puerta cristalera que daba al jardín. Por entonces, Greenville gozaba de un otoño templado y soleado. En el jardín, el sol teñía de amarillo las hojas de los arbustos.

—Ve —dijo su madre. Y le abrió la puerta.

Olivia echó una ojeada poco después y vio a Betty, balanceándose en

el columpio y mordisqueando con ganas su rebanada de pan con crema de cacahuetes.

Tranquila respecto a la niña, la señora Kanner volvió a la cocina y dispuso algunos útiles para preparar una tarta de manzanas. Al día siguiente, su esposo, el jefe Kanner, cumplía cuarenta y cuatro años, de modo que Olivia quería agasajarle con aquella deliciosa tarta que tanto le gustaba al policía.

Embebida en su tarea, no prestó a Betty la atención que solía dedicarle otros días. Y así murió la tarde y llegaron las sombras.

Cuando la tarta expandía ya su penetrante aroma desde el horno, Olivia advirtió que se había hecho de noche.

— ¡Betty! —exclamó.

Salíó al jardín y llamó a la niña.

Pero Betty no respondió a su llamada.

Volvió apresuradamente a la casa y buscó una linterna. Por supuesto, para entonces la angustia había hecho mella en su corazón.

Con la luz de la linterna por delante, Olivia recorrió los vericuetos del jardín, sin dejar de gritar a cada momento:

— ¡Betty! ¿Dónde estás? ¡Vamos, hijita, no seas mala y sal de tu escondite!

Todavía tenía la esperanza de que la niña estuviera gastándole una infantil broma sin consecuencias.

Pero registró escrupulosamente todos los macizos y setos y no la encontró.

Entonces el corazón de Olivia Kanner se desbocó.

— ¡Dios mío, mi niñita! —gimió.

Descorrió el cerrojo de la verja y recorrió un gran tramo del camino, gritando sin cesar.

Sin embargo, Betty no aparecía.

Indudablemente, la niña había saltado la verja, Jamás había hecho tal cosa, nunca se alejó del jardín ni les dio el menor quebradero de cabeza. Pero esa tarde...

Fue entonces cuando Olivia pensó, estremecida, si su hija no habría sido secuestrada. En las últimas fechas, habían sido vistos algunos vagabundos que montaron su campamento a orillas del lago Kachapi. Individuos barbudos, indolentes, que viajaban en una remendada caravana tirada por un abollado automóvil.

Cualquier cosa podía esperarse de esta gente malvada y sin escrúpulos. Incluso que hubieran secuestrado a Betty o...

Un gemido se escapó de su garganta.

— ¡Dios mío, no quiero pensarlo!

Pero las sospechas estaban en su mente. V el pavor ponía un temblor epiléptico en sus manos y la angustia secaba su garganta y aumentaba su ritmo cardiaco hasta límites intolerables.

Viendo que todos sus esfuerzos por encontrar a Betty eran inútiles, Olivia volvió apresuradamente al hogar. Tan desorientada estaba que ni siquiera se acordó de echar el cerrojo en la cancela de la valla de madera.

La tarta de manzanas estaba quemándose en el horno, a juzgar por el olor que impregnaba toda la casa, pero Olivia no reparó en ello.

Corrió hasta el teléfono situado sobre una mesita en la sala de estar y lo descolgó con un manotazo impaciente.

Desde luego, Betty no acostumbraba a juntarse con otras niñas, excepto en algún cumpleaños u otra celebración de tipo familiar. Las niñas de su edad poseían una mentalidad superior y posiblemente se hubieran burlado de las torpezas de la niña subnormal de los Kanner, razón por la que sus padres preferían que Betty se relacionase únicamente con otros niños del colegio especial al que asistía.

De todas formas, hizo varias llamadas telefónicas, dirigidas a amigos que vivían en las proximidades.

La respuesta en todos los casos fue:

— No, no, de ninguna manera, querida Olivia. Betty no estuvo aquí. Eran las siete y media de la noche.

A punto de perder los nervios, pero venciendo a sí misma a pesar de todo, Olivia Kanner llamó por teléfono a su esposo.

— ¡Betty! —se atragantó—, ¡Salió al jardín y... ha desaparecido!

Arthur Kanner intentó tranquilizar a su esposa.

— Cálmate. No ha podido ir muy lejos. Por fortuna, Greenville es un pueblo y todos nos conocemos. Haré algunas llamadas, enviaré a Gambler y Dougherty con el coche-patrulla. En unos minutos, tendrás contigo a Betty —dijo el policía.

El aplomo y la serenidad de que daba muestras su esposo operó un efecto tranquilizador en el ánimo de la señora Kanner.

Sin embargo, sus pensamientos iban una y otra vez a aquellos vagabundos que habían acampado días atrás en las márgenes del lago Kachapi.

Uno de ellos había cometido varios hurtos en la ciudad. El jefe de policía había detenido a aquel individuo, que debió cumplir diez días de arresto en la cárcel de Greenville. En cuanto aquel tipo fue puesto en libertad, aquellos holgazanes de cabelleras abundantes y estrafalaria vestimenta, levantaron el campamento y se marcharon en su ruinoso remolque parchado con planchas de zinc.

— Tal vez debí hablarle de esos sospechosos a Artie — pensó Olivia, atribulada.

Diez minutos después llegó su esposo.

Al penetrar en la casa, el tufo de la tarta de manzanas impregnó su nariz y le obligó a toser secamente.

— ¿Qué ocurre? ¿Es que arde la casa? —preguntó, disgustado.

— ¡La tarta! —exclamó Olivia. V corrió hacia la cocina.

Artie Kanner llegó a la cocina un poco después —el denso humo lo llenaba todo— y vio cómo su esposa sacaba del horno una bandeja que contenía una masa completamente carbonizada.

Olivia sacó aquella bandeja al jardín y dejó la puerta abierta de par en par para que el humo saliese.

Despeinada, tiznadas las mejillas, con los ojos llorosos e hinchados, la bella señora Kanner presentaba un aspecto lamentable.

— Se... se me olvidó —se disculpó—. Era tu tarta de cumpleaños, pero...

— ¡Al diablo con la tarta! No te preocupes más por eso — exclamó Artie, expeditivamente—. Vamos, haz un esfuerzo, Olivia. Tranquilízate.

Pero ella se echó a llorar.

— ¡Artie, la niña! —sollozó—. Tal vez se la llevaron esos horribles hombres que acamparon en Kachapi Lake. ¡No quiero ni pensar que...!

— ¡Calla! ¿Cómo se te ocurre pensar tal cosa? Esos indivi dúos se marcharon hace tres días. Betty aparecerá enseguida, ya lo verás.

Pero transcurrieron dos horas y la niña no apareció.

Muy cerca de las diez de la noche, el jefe Kanner se decidió al fin a tener en cuenta las sospechas de su esposa. Tomó el teléfono y se comunicó con los jefes de policía de las ciudades vecinas. Dio la matrícula del coche de los nómadas, hizo la descripción de la vieja roulotte y aportó todos los datos necesarios sobre los sospechosos. Naturalmente, sus colegas le prometieron que buscarían a aquellos individuos y le telefonarían en cuanto fueran hallados.

Entretanto, la noticia se había extendido por todo Greensville y las sencillas gentes, en una muestra de solidaridad muy corriente en los medios rurales, se organizaron en grupos para dar una meticulosa batida a través de los campos, los montes, las riberas del lago Kachapi, adonde se atrevieron a llegar formando un nutrido grupo.

Y es que las gentes de Greensville rehuían acercarse a las orillas del lago. Tradicionalmente, el profundo lago Kachapi gozaba de mala fama. Corrían numerosas leyendas acerca del monstruo que vivía en las profundidades tenebrosas del Kachapi Lake. Algunos aseguraban haber observado su cuerpo erizado de púas córneas al anochecer, otros achacaban al monstruo del Kachapi la desaparición de reses e incluso de personas...

De todas formas, la partida que formaban casi cien hombres llegados hasta el lago a bordo de varios vehículos todo-terreno, disponía de potentes focos y de rifles muy potentes. A pesar de esto, ninguno de aquellos sencillos granjeros se hubiera atrevido a llegar allí en solitario. Sólo el valor que da el número y la numerosa compañía les decidieron a registrar varios kilómetros de las frondosas riberas del

lago.

Naturalmente, los personajes más prestigiosos de Greenville tomaban aquellas leyendas como infantiles patrañas. Ni el doctor Drake, ni el alcalde Logan, ni el juez Paddington o el jefe de policía Kanner admitían como cierta la existencia de aquel fabuloso monstruo.

Y tenían razón para mostrarse desconfiados respecto a tales creencias. Como en el caso del famoso Loch Ness (1), nadie había podido aportar una sola prueba fidedigna de la existencia del monstruoso morador de las aguas.

(1) Lago de Escocía que algunos escoceses suponen habitado por un monstruoso ser acuático de grandes proporciones. Los escoceses le dan el nombre de Nessie (por lago Ness). La leyenda forma parte del folklore escocés y supone, más que otra cosa, un indudable atractivo para el turismo.

Prácticamente, nadie se acercaba por las riberas del lago. Y por supuesto, los habitantes de Greenville jamás se hubieran atrevido a bañarse en sus oscuras aguas. Por el contrario, todos rehuían acercarse por allí, de tal modo que si una vaca o un caballo se extraviaban en las inmediaciones del lago, preferían dar por perdido al animal antes de exponerse a tener un terrorífico encuentro con el pretendido monstruo.

Con todo, alguna razón tenían los que evitaban aquel lugar. El lago Kachapi ocupaba el fondo de un valle de laderas muy agudas y arboladas. La vegetación, muy espesa, llegaba hasta las orillas y las raíces de los árboles se adentraban en el agua, lo que suponía un peligro cierto para cualquier atolondrado bañista.

En general, el aspecto del lago Kachapi era sombrío, desagradable. Sus aguas tenían un color oscuro, que llegaba a hacerse negro en el centro. Unos geólogos que se atrevieron a botar una embarcación a motor, midieron la profundidad del lago y llegaron a la conclusión de que en algunos puntos superaba los cien metros, aunque también las orillas eran abruptas y profundas.

Otra particularidad venía a poner una interrogante en el caso del enigmático lago Kachapi: su fauna era nula. Sus aguas no contenían un solo pez, ni otra forma de vida animal.

* * *

A medida que transcurrían las horas sin recibir noticias de su hijita, la tensión se iba haciendo insoportable en el hogar del matrimonio Kanner.

A las dos de la madrugada sonó el teléfono. Olivia se alzó de un brinco de la silla que ocupaba.

Sus manos temblaron más de lo normal al descolgar el auricular:

—... acabamos de saber que una niña fue atropellada por un camión en las proximidades de Dobbs Barracks.

El rostro de Olivia se tornó blanco como la nieve. Dejó caer el auricular y hubiera caído al suelo, desplomada, si su esposo no se hubiera apresurado a recogerla en los brazos.

Fue un momento muy penoso. Olivia acababa de desmayarse y alguien seguía hablando a través del teléfono. ¿Qué podía hacer?

Llevó a su esposa al diván, la acomodó en él y corrió al teléfono. Enseguida comprendió el desmayo de Olivia, después de escuchar el mensaje del jefe de policía de Dobbs Barracks.

— ¡Describame a esa niña! —pidió Artie, con voz estrangulada.

— Es morena, con los cabellos muy cortos y...

— Le agradezco su información, Bellaman, pero no es mi hija. Discúlpeme ahora, tengo que llamar al médico. Mi esposa acaba de desmayarse al oír la noticia.

Colgó y marcó apresuradamente el número del doctor Drake, que prometió acudir enseguida.

Un poco desorientado, corrió al lavabo, empapó una toalla en agua fría y la aplicó sobre las sienes de Olivia. La palidez de la señora Kanner era tan intensa, que Artie se asustó.

Por fortuna, el doctor Drake llegó unos minutos después. Tomó el pulso a la señora Kanner, la auscultó y se volvió a Kanner.

— Nada importante, Artie. Una simple lipotimia. Sus nervios han hecho crisis, tras un largo período de tensión. Le inyectaré un sedante. Olivia volvió en sí quince minutos después.

— Un lamentable error —le explicó su esposo—. No era nuestra hija, querida. Se trataba de una niña morena, de cabellos cortos. Animo. Te llevaré a la cama. Posiblemente, te dormirás enseguida por la acción del sedante.

Olivia protestó débilmente, pero se dejó llevar. Una vez acomodada en el lecho, sus ojos se cerraron y se durmió.

— Menos mal —dijo Artie al joven médico de Greenville—, Al menos, Olivia no tendrá que soportar tantas horas de angustiosa tensión.

Abrió un mueble y sacó una botella de whisky y dos vasos.

— Necesito un trago —dijo—. Los nervios empiezan a alborotárseme, Bob. Toma tú también un whisky antes de marcharte.

— Gracias —respondió Drake. Tomó su vaso y probó el licor—, Pero no pienso marcharme, dadas las circunstancias. Ojalá me equivoque, pero tal vez me necesitéis aquí.

— Pero...

— No te preocupes. Le he dado el número de tu teléfono a mi esposa. Si alguien me necesita, me encontrarán enseguida. Entretanto, prefiero

estar aquí, haciéndote compañía. ¿Estás de acuerdo? —dijo el médico, con una sonrisa amistosa.

El corpulento Kanner alzó su enorme mano y le oprimió el hombro afectuosamente.

— Gracias, Bob. Eres un verdadero amigo —pronunció con un trémolo de emoción.

Dejaron los vasos sobre la mesa y fumaron un cigarrillo. Antes de terminar el suyo, Artie hizo la enésima llamada telefónica a Jeff Garey, su ayudante, que permanecía en el puesto de policía al pie de la radio.

— ¿Alguna noticia, Jeff? —volvió a preguntar Kanner, jnhelante.

— Ninguna, Artie. No se apure: le telefonaré si hay alguna novedad —respondió su ayudante.

Colgó el teléfono, un poco furioso, un poco vacilante, un poco cansado.

La noche anterior, Artie Kanner apenas había dormido. L»u Benson se había peleado con Allan Hay en la discoteca de Greenville. Habían destrozado la mitad del mobiliario y, además de golpearse a puñetazo limpio hasta quedar exhaustos, habían causado lesiones a varias personas que habían acudido a separarles.

En las mismas circunstancias se encontraba el doctor Drake, que había tenido que curar labios partidos y narices sangrantes hasta altas horas de la madrugada.

Y ahora la desaparición de Betty, para complicar las cosas.

La falta de sueño obligaba a cabecear a Artie Kanner, que de vez en cuando se ponía en pie e iba a la alcoba a echarle una ojeada a su esposa. Por fortuna, el sedante había obrado su efecto y Olivia dormía profundamente, aunque a veces se agitaba en un espasmo subconsciente que traslucía su agitación interior.

Después de fumar un cigarrillo y terminar su whisky, Bob Drake se puso en pie y miró a través de las cortinas del ventanal.

— Va a cambiar el tiempo —observó—. El cielo está nublado. Pronto tendremos encima el invierno.

Kanner, que volvía de ver a su esposa, le trajo una taza de café y vertió un poco más de whisky en el vaso del médico.

A las cuatro de la madrugada volvió a sonar el teléfono. Kanner se incorporó de un salto y lo atendió.

—Jefe, las patrullas empiezan a regresar a Greenville. Han llegado hasta los límites de nuestra jurisdicción, sin hallar rastro de la niña. No pueden hacer más: han registrado caserones vacíos, casas de labranza, granjas, establos, pozos, acequias... Todo ha resultado infructuoso. Están cansados y furiosos por no haber obtenido éxito. Los nuestros tampoco han conseguido nada.

Kanner colgó el teléfono con un rictus de desesperanza en sus

bronceadas facciones.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó desmayadamente, volviéndose hacia el médico.

Drake tragó saliva.

¿Qué podía decir a aquel padre angustiado? ¿Decirle que, probablemente, a aquellas alturas la niña habría muerto ahogada en algún pozo en una acequia? Aunque las horas transcurridas alejaron cada vez más la posibilidad de encontrarla con vida, Bob Drake prefería seguir alimentando la esperanza.

También Drake y su esposa tenían un niño, Jim, de cuatro años, una criatura vivaracha y traviesa, rebosante de vida. Drake podía explicarse muy bien la angustia de aquel magnífico y honrado hombretón llamado Artie Kanner.

—¿Qué podemos hacer? —repitió Kanner, agobiado por la incertidumbre.

— Nada, por el momento. O, mejor, sí: llama a la hermana de tu esposa. Barbra es soltera y no tiene mayores compromisos que su pequeña tienda en Dow Rivers. Háblale por teléfono, dile lo que ocurre y pídele que venga. Os será de mucha ayuda en instantes como éste.

— Lo haré más tarde. Si Barbra ha de compartir con nosotros estos angustiosos momentos, es mejor dejarla descansar hasta el amanecer —respondió Kanner.

Encendió otro cigarrillo... que aplastó a medio consumir en el cenicero. Su tensión nerviosa iba en aumento, era ostensible, pero rehusó los comprimidos que el médico le ofreció. No quería sentirse artificialmente tranquilo, eso quedaba para los demás.

Afuera se escuchó el chirrido de unos frenos.

Kanner y su amigo el doctor Drake corrieron a la puerta. Por un momento, antes de abrirla, la esperanza anidó en sus corazones.

Tob Hanker y otros cuatro hombres bajaron de una gran furgoneta «Ford» y llegaron al porche.

— Lo siento, Artie —dijo Hanker, compungido—. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Durante seis horas no nos hemos tomado un solo minuto de reposo. Lamento tener que decirte que todo ha sido inútil... Si necesitas algo de nosotros...

Kanner tragó saliva.

— Nada, Tob. Id a descansar. Bastante habéis hecho ya. Os quedo muy agradecido.

— No hay que dar las gracias —respondió Hanker, severo—. Durante muchos años, tú te has preocupado por resolver nuestros problemas. Es justo que nosotros compartamos ahora tu preocupación y tu dolor. Palabras, nobles palabras, actitudes solidarias, gestos de pesar... Pero nada práctico, nada concreto en relación con Betty.

Hanker y sus compañeros se marcharon y Kanner y Drake volvieron al interior de la casa. El jefe de policía dirigió una desolada ojeada a la estancia y se derrumbó sobre una silla.

— ¡Mi pobre hija...! —murmuró, estremecido. Y se le escapó un sollozo.

Drake apoyó una mano en su hombro.

— Vamos, Artie. Todo irá bien. Estoy seguro de ello —dijo.

Kanner se irguió, colérico.

— ¿Cómo puedes saber tú que todo irá bien? —exclamó—. Yo soy un policía. Me ha tocado más de un caso semejante... Y en pocas ocasiones se resolvieron bien. ¡Si Betty muriera...! Olivia y yo nos hemos esforzado por ella desde que nació. Nadie tiene culpa de que sea una niña subnormal, lo sé. Precisamente su desvalimiento nos movió a amarla con más ternura, a protegerla, a mimarla. ¡Y ahora...! Para Drake resultaba muy penoso contemplar a aquel hombretón abatido por el dolor.

Tomó la botella, vertió un poco de whisky en el vaso y se lo ofreció a Kanner.

— Bebe, Artie. Te hará bien.

El policía bebió el licor de un trago y se puso en pie.

— ¿Qué pensarás de mí? —exclamó—. He aquí a Arthur Kanner, el jefe de policía de Greenville, abatido por el rayo... Lo siento, sólo fue un momento de debilidad. Me haré cargo de las cosas.

— Sentir es humano, amigo mío. Yo mismo me siento muy emocionado ahora mismo. Sin embargo, también es recomendable conservar la entereza. Tú eres un gran hombre,

Artie. Has conservado la serenidad en momentos de gran peligro y tensión. Y la serenidad te ayudó a resolver los graves problemas de otras personas. En Greenville, todo el mundo te aprecia. No dudes, que todos comparten tu pena y que todos te ayudaremos en estos momentos.

Kanner asintió con un movimiento de la cabeza. Paseó hasta el ventanal, dirigió una ojeada al tempestuoso firmamento y murmuró:

— Ya empieza a amanecer. Y Betty...

Calló bruscamente. No iba a dejarse vencer por la desesperanza. Si aparecía en algún lugar el cadáver de Betty, entonces tendría que rendirse a la evidencia. Y posiblemente el dolor le vencería. Pero mientras no fuera así, había esperanza de que la niña...

Un zumbido en el teléfono.

Drake, más próximo a la mesita, descolgó el auricular y escuchó.

— Un mensaje de la policía de Bannertown. Acababan de detener a los trotamundos que buscaban. Bañe Peaceman quiere hablar contigo —dijo el médico. Y le tendió el auricular, que Kanner tomó con gran ansiedad.

— ¿Es usted, Kanner? Bien, ya tenemos a esta gente. Estaban acampados junto al río Drew. Hemos registrado su viejo cacharro y también la caravana. La niña no está en su poder. De todas formas, los hemos detenido e interrogado. No me parece gente peligrosa. Son cinco mujeres, entre los veinte y los treinta y cinco años y cuatro muchachos, todos menores de treinta. Parecen hippies. Un grupo de muchachos desarraigados que prefieren vivir su vida. He repasado las listas de busca y captura y no hay cargos contra ellos. Lo que más me ha sorprendido...

-¿Sí?

— Cuando les hicimos conocer nuestras sospechas respecto al posible secuestro de la niña, protestaron vivamente. Declararon que el motivo de su apresurada fuga de los alrededores de Greensville se debió a su temor de que en aquellos parajes existieran animales salvajes peligrosos.

— ¿Animales salvajes peligrosos? —preguntó Kanner, extrañado—. No existen en aquella zona. En el término de Greensville sólo tenemos algunos gamos, conejos y topos. La mayor parte de la superficie está ocupada por tierras de labor y granjas ganaderas.

— Ya lo sé. Pero ellos insistieron en que fue el pánico lo que los arrojó de las riberas del lago Kachapi. Uno de ellos dijo que habían visto un gran animal en el agua, si bien no podían describirlo porque el incidente ocurrió al anochecer. Pero lo que terminó por convencerles de que aquel lugar era peligroso, fue cuando a la mañana siguiente encontraron el cadáver de su perra «Daisy», una preciosa pointer, destrozada a dentellada limpia, parcialmente devorada. Fue esto lo que les obligó a poner pies en polvorosa, según ellos.

Kanner masculló una imprecación entre dientes. Se volvió un momento y advirtió que el doctor Drake —que seguía la conversación muy cerca de él— se mostraba también hondamente impresionado.

— Verdaderamente, no encuentro culpabilidad en esta gente. Imagino que tendré que soltarlos. ¿Qué piensa hacer? ¿Quiere venir a interrogarlos? —preguntó el jefe de policía de Bannertown.

— Espere —vaciló Kanner—, ¿Podría retenerlos por unas horas? Si no se produce ninguna novedad, me pondré en camino hacia Bannertown dentro de una o dos horas. Me gustaría charlar un rato con esos hippies.

— Muy bien, Kanner. Los retendré. Pero no por mucho tiempo. Usted sabe que esto va contra la ley. Si no está aquí a las diez de la mañana, les pondré en libertad —dició Peaceman.

— De acuerdo —respondió Kanner.

Colgó el teléfono y miró a Drake.

— ¿Sospechas verdaderamente de esos vagabundos? —preguntó éste.

— ¡No lo sé! —exclamó Kanner—, Lo cierto es que yo metí en la

cárcel a uno de ellos, un tal Zach Thorpe. ¿Sería tan absurdo que trataran de vengarse de mí, que volvieron subrepticamente a los alrededores de esta ciudad y secuestraron a Betty... que, tal vez, Dios me perdone, incluso la hayan asesinado?

Drake no hizo ningún comentario.

De la cocina llegó en ese momento un leve rumor. ¿El viento, quizá, que penetraba a rachas por la ventana entreabierta?

Kanner no prestó ninguna atención a aquel ruido. Sus pensamientos tempestuosos le mantenían en continua tensión.

Pero el rumor volvió a repetirse. Y esta vez más claro y sonoro. Se diría que alguien estuviera golpeando los cristales de la puerta que comunicaba la cocina con el jardín.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kanner, irguiendo la cabeza.

— No lo sé. El ruido provenía de la cocina...

Tras una leve vacilación, Artie echó a andar pasillo adelante y Drake le siguió, presuroso.

El policía dio al interruptor de la luz. Tras un breve parpadeo, el luminoso tubo fluorescente inundó de luz la estancia.

Los dos hombres se quedaron sin habla. Al otro lado de los cristales, una niña empapada de pies a cabeza golpeaba la puerta con su pequeño puño cerrado.

Era Betty.

— ¡Dios Todopoderoso! —gimió Kanner, sin dar crédito a sus ojos.

La sorpresa era tan intensa que le impidió reaccionar en el primer momento.

Fue el doctor Drake el que se precipitó a la puerta, la abrió rápidamente y tomó a la niña en sus brazos.

La palpó, incrédulo.

Los cabellos, las ropas de la niña, estaban por completo empapados en agua. Y sin embargo, aún no había comenzado a llover, aunque a lo largo de las horas siguientes caería sobre Greenville un verdadero diluvio.

— ¡Betty, hija mía! —gritó Kanner. Y se precipitó sobre Drake y le arrancó a Betty de las manos, la apretó contra su corazón y rompió a llorar mansamente.

Capítulo 2

Está helada —comentó el médico—. Y sin embargo, no parece sentir frío ni haber sufrido contusiones ni heridas. De todas formas, creo que debemos desnudarla enseguida y darle un baño caliente. Eso la hará reaccionar e impedirá la pulmonía. Tal vez sería mejor despertar a tu esposa.

No fue preciso. Olivia apareció en aquel momento, despeinada y ojerosa, en la puerta de la cocina.

El grito de su esposo la había despertado. Y ahora estaba allí, inmóvil, contemplando al grupo que formaban padre e hija. Increíblemente se resistía a creer que lo que estaban viendo sus ojos fuera realidad. Tal vez imaginaba que sufría una pesadilla.

Luego, su tensión hizo crisis y se abalanzó sobre Kanner y la niña. Juntos y formando un apiñado bloque, Drake les oyó reír y llorar, pronunciar palabras de ternura dirigidas a la niña. Se la pasaban del uno al otro, la estrujaban, se la comían a besos, se lamentaban de encontrarla en tan lastimoso estado.

Poco a poco, la emoción fue cediendo.

— ¡No puedo creerlo! —exclamó Olivia, después—, ¿Dónde puede haber estado durante tantas horas?

— Por favor, Olivia, no la perturbes ahora. La niña parece tranquila —dijo Artie—. Será mejor que sigamos el consejo de Bob. Llévatela y dale un baño caliente. Yo iré a telefonar. ¡Dios mío, pensar que llegué a imaginar que estaría muerta!

Dejó a la niña en brazos de su esposa y caminó, atolondrado, hacia la sala de estar.

Cuando Drake se reunió con él, Kanner, muy excitado, estaba llamando a su ayudante y explicando el increíble desenlace de la desaparición de su hija.

— Llama a todos, Jeff. Diles que la niña ha vuelto, sana y salva, que no hay que preocuparse. Diles también que lamento haber puesto a todos en vilo con este asunto. Dales las gracias de mi parte. Diles que jamás podré olvidar sus desvelos —estaba diciendo.

— Descuide, descuide, jefe. Yo me ocuparé de todo. Y, jefe, celebro de todo corazón que esto haya terminado bien.

— Gracias, Jeff. Ahora todo vuelve a estar en orden.

Colgó y se volvió hacia Drake.

— ¡Dios mío, es hermoso sentirse tranquilo! —exclamó. Se rascó con un ademán nervioso la rubia cabellera y añadió—: Voy a hacer café. Imagino que a estas horas me sería imposible conciliar el sueño.

Poco después, los dos hombres tomaban sendas tazas de café negro sobre la mesa del salón de estar.

— Es extraño —dijo Artie de pronto.

— ¿Qué? —respondió Drake, alzando los ojos de la taza de café, humeante.

— Me refiero al hecho de que nadie haya encontrado a la niña. Considera esto, Bob: miles de personas se echaron anoche al campo y se desparramaron por distintos parajes a la búsqueda de Betty. Incluso llegaron al lago y recorrieron unos cuantos kilómetros de sus orillas. ¡Es inconcebible que ninguno de ellos tropezase con Betty!

— Es raro, sí —asintió Drake — . Muy raro.

Kanner se alzó de improviso de su silla.

— ¿Adónde vas? —preguntó Drake, sorprendido.

— A telefonear a Peaceman. Le diré que ponga en libertad a los vagabundos. Por supuesto, Peaceman tenía razón: esa gente era inocente. No permitiré que permanezcan un minuto más encerrados — respondió.

Así era Arthur Kanner. Duro y viril, infatigable, pero también comprensivo y humanitario. Por eso se había granjeado la admiración y el respeto de todos.

Media hora después, Olivia se reunió con los dos hombres.

— La he bañado y cambiado y la he llevado a la cama. No parece haberse resfriado, pero me quedaría más tranquila si usted la reconociera, Bob —dijo.

Drake asintió.

— Tiene razón. Vamos allá.

Betty estaba despierta. Sus bellos ojos azules estaban muy abiertos. Su madre le había secado los cabellos, que brillaban ahora como hebras de oro.

El médico le puso el termómetro, observó que no tenía fiebre y después la auscultó.

— Vaya, eres una muchachita muy resistente —sonrió el médico a la niña — . Yo no me hubiera librado de una pulmonía, después de una mojadura semejante. Pero tú estás perfectamente, Betty.

Olivia se tranquilizó. Con los ojos entornados y una actitud recogida, estaba arrodillada junto a la cama de su hija y se decía que pronunciaba mentalmente una oración de gracias.

En ese momento entró Kanner.

— Betty, no quiero ser duro contigo en estos momentos, pero debo decirte que has hecho mal. Tu travesura nos ha hecho sufrir mucho. Tu pobre madre y yo creímos que... en fin, que te habíamos perdido para siempre —pronunció con voz inflexible.

— Artie, por amor de Dios —le reconvino su esposa.

También Drake le recomendó que callara. Kanner asintió con la cabeza, pero añadió:

— Sólo voy a hacerte unas preguntas, hija. ¿Por qué escapaste?

Betty parpadeó.

— No escapé. Hoongry me llamó. Me tomó en sus brazos y me llevó con él —dijo.

Drake y Kanner cambiaron una mirada de ansiedad.

— ¿Hoongry? —preguntó el policía. Sin la menor esperanza, preguntó

—: ¿Quién es?

— Es... mi amigo. Vino a verme... otra vez.

— ¡Tu amigo! —clamó Kanner—. ¿Se trata de un niño, entonces?

Betty movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Un hombre, una persona mayor? —insistió el policía.

Betty parpadeó.

— Si —dijo—. Pero no como los demás. Es... más grande.

Olivia Kanner dejó escapar un gemido.

— ¡Dios mío! ¡Un desconocido, uno de esos merodeadores! ¡Cielo santo, ¿qué han hecho contigo, hija mía? —chilló, rotos los nervios.

— ¡Cállate! —bramó su esposo—. ¡La estás asustando!

Drake se vio obligado a intervenir. Betty, despavorida, miraba alternativamente a su padre y su madre, que alzaban ya la voz desconsideradamente.

— Por favor, por favor —suplicó—. Salgamos todos de aquí.

Los Kanner le siguieron afuera, tensos todavía.

— Pero, ¿no lo comprendes, Artie? Es posible... es posible que... hayan violado a nuestra hija —murmuró Olivia, temblorosa, cuando se reunieron en el salón.

La frente de Kanner se cubrió de frío sudor.

— No es posible —murmuró.

— Yo comprobaré eso. Y después, lo mejor es que permitáis que la niña descanse. Os aconsejo que la interroguéis con cautela. Es preferible la dulzura a la rudeza, sobre todo tratándose de una niña subnormal... —aconsejó el médico.

— ¡Está bien, está bien! —respondió Kanner, acongojado—. Creíamos que todo estaba resuelto y ahora...

— Esperad aquí y no os atormentéis. Voy a observar a la niña. Será cuestión de unos pocos minutos —anunció Drake. Y se encaminó al dormitorio de la niña.

Artie y Olivia se contemplaron de hito en hito.

—Artie, no quiero atormentarte ni atormentarme —murmuró, retorciéndose las manos en un desahogo nervioso—.

Pero no puedo dejar de tener en cuenta que Betty es una niña físicamente desarrollada para su edad. Ese horrible individuo, Hoongry, pudo haber abusado de ella y... ¡Dios mío, qué iba a ser de nosotros, de ella, entonces!

Artie hizo rechinar los dientes.

— Ya sabes lo que ha dicho Bob: no nos atormentemos por anticipado

—gruñó.

Fueron unos minutos terribles. Hasta que se abrió la puerta de la alcoba de Betty y Bob Drake apareció en el pasillo. Los Kanner se precipitaron a su encuentro y preguntaron al unísono:

—¿Qué...?

— Nada. La niña está intacta. Nadie la ha tocado —declaró el médico con voz tranquila.

Artie y Olivia dejaron escapar profundos suspiros de alivio.

— Gracias a Dios —murmuró la señora Kanner—, Gracias a Dios, gracias sean dadas.

Artie tomó su vaso y dio un trago de licor. Incluso se insinuó una sonrisa relajada en sus fuertes facciones morenas.

— Me pregunto quién será ese individuo. Y me gustaría ponerle las manos encima. Tendría que responderme a muchas preguntas, ya lo creo —exclamó, apretando un enorme puño.

Olivia se sentó junto a él y acarició su cuello.

— Olvidémoslo, Artie. Debemos dar gracias a Dios porque nuestra hijita haya regresado sana y salva. Ese hombre... no debía ser un mal tipo. Un viejo chiflado, quizá; probablemente se llevó a Betty a su casa para pasar un rato en su compañía...

—¿Y sus cabellos chorreantes, y sus ropas empapadas? — respondió su esposo, severo—. ¿Cómo puede explicarse todo eso?

Drake apuró el café que quedaba en su taza.

— Creo que Artie tiene razón —expuso—. No se trata ya de tomar represalias contra el individuo que sacó a Betty del jardín y la alejó de su casa, sino de identificar a esa persona y amonestarle convenientemente, de forma que esto no vuelva a ocurrir.

Kanner encendió un cigarrillo con ademanes nerviosos.

— Es justamente lo que pienso hacer en cuanto descanse un par de horas: encontrar a ese Hoongry y llamarle al orden... Por cierto, ese nombre, Hoongry, me es totalmente desconocido —pareció considerar esta cuestión un momento y al cabo se encogió de hombros — : Tal vez se trate de un apodo. No será difícil encontrarle. En Greenville nos conocemos todos.

Drake se puso en pie.

— Me marchó. Pero no dudéis en llamarme si Betty sufre algún cambio físico. Buenas noches, Olivia —se despidió.

— Buenas noches, Bob. Puede imaginarse cuánto debemos agradecerle —dijo la mujer.

— No tiene importancia.

Kanner acompañó al médico hasta la puerta y volvió enseguida. Olivia y él se miraron de hito en hito. Luego, como de común acuerdo, caminaron hacia la alcoba de Betty y estuvieron unos minutos contemplando a su hijita, que dormía pacíficamente.

—Vámonos a la cama —propuso Kanner—. Creo que la pesadilla ha terminado.

— Dios te oiga —repuso ella. Y le besó tiernamente en los labios.

Sin embargo, y a pesar de las esperanzas de ambos, los incidentes dramáticos no habían hecho más que comenzar.

* * *

Artie Kanner volvió a casa a las tres de la tarde.

Como estaba cayendo un fuerte aguacero, y no había tomado la precaución de llevarse un impermeable, se vio obligado a cubrir con una rápida carrera la distancia entre su coche y el porche de su chalet. Olivia, que había escuchado el rumor de su coche al detenerse, salió a recibirle a la puerta.

— ¡Cómo llueve! —exclamó él, sacudiéndose como un perro de lanas.

—Vamos, entra, vas a coger frío —le instó ella. Y cerró la puerta.

Artie se quitó la chaqueta y acudió rápido a la habitación de Betty. Naturalmente, la niña no había acudido aquella mañana al colegio. Betty estaba jugando con una de sus casitas de juguete, ajena por completo a la tragedia de la que había sido protagonista el día anterior.

Kanner se inclinó sobre ella y la besó en ambas mejillas. Recordó en aquel momento las angustias sufridas la noche anterior y apretó a la niña contra su pecho en un irrefrenable transporte de ternura.

Olivia le preguntó si había almorzado y él respondió negativamente, por lo que su esposa le dispuso la mesa en la cocina. Minutos más tarde; mientras él comía sin gran atención, preguntó ella:

— ¿Qué tal fueron las cosas?

— Mal. No he encontrado a ese viejo Hoongry por ninguna parte. Me ha pasado más de tres horas recorriendo personalmente las granjas, he consultado el censo municipal y finalmente he ido a la residencia para pensionistas. En ningún lugar conocen a un individuo llamado Hoongry —parecía muy molesto por este fracaso. Luego dijo—: Voy a hacer unas preguntas a Betty. No, no temas —se apresuró a decir, al ver el fruncimiento del rostro de su esposa — : Lo haré con el mayor tacto del mundo.

Dio por terminado su tardío almuerzo rápidamente, tomó la taza de café que Olivia acababa de servirle, encendió mecánicamente un cigarrillo y se fue a ver a Betty, que seguía atareada con los diminutos muebles de su casa de muñecas.

Kanner conectó el pequeño magnetófono que llevaba en un bolsillo y comenzó a grabar.

— Así que tienes un amigo —dijo, sin mirar a la niña — , ¿Cómo dijiste que se llamaba?

— Hoongry —pronunció claramente la niña.

—¿Fue él quien te dijo su nombre?

— El dijo «Hoongry».

— ¿Cuántas veces le has visto?

Betty comenzó a impacientarse. Las preguntas de su padre la distraían.

— Otra vez —respondió.

Kanner se alejó hacia la ventana y dio un par de chupadas a su cigarrillo. El humo quedó flotando junto a los cristales, llenos de vaho.

Luego se volvió hacia Betty y comentó sin darle importancia:

— Imagino que Hoongry será como yo, tal vez mayor.

— Es más grande que tú.

—¿Quieres decir más alto?

—Sí.

Era difícil mantener aquella conversación con una niña que apuntaba ya las formas de una adolescente pero que poseía la mentalidad de una pequeña de seis años. Kanner no quería contrariarla ni asustarla. Era preciso obrar con todo el tacto del mundo.

— Supongo que hablasteis, nena, que Hoongry te explicó algunas cosas personales. ¿De qué hablasteis? —preguntó el padre.

Betty le miró con impaciencia.

— Hoongry no habla. Sólo dice «hung-hung». Pero es muy bueno —respondió.

— Ya. ¿Adónde fuisteis? Venías mojada por completo. ¿Es que te caíste en algún charco? —insistió Kanner, al cabo de unos instantes.

Betty dio un manotazo y los pequeños juguetes rodaron por el suelo. Evidentemente, la niña se sentía encolerizada.

— ¡No me caí en ningún charcol —exclamó, airada—. Hoongry me llamó al lago. El lago es suyo. Me llevó nadando hasta una gruta... ¡Nada tan bien! Estuvimos allí todo el tiempo y él me dio algo para comer. No me gustaba y lo tiré, pero Hoongry no se enfadó por ello.

— ¿Dices que no te gustó? ¿Qué era?

— Carne cruda —respondió la niña.

Kanner notó que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

— ¡Divina providencia! —pensó. Un individuo que debe medir más de dos metros — Kanner medía un metro noventa y seis—, capaz de ofrecer carne cruda a una niña.

Le hubiera gustado hacer más preguntas a Betty, pero no se atrevió. En parte, porque él mismo se sentía tan alterado

que sus manos temblaban. Y también porque Betty parecía haberse inhibido de la presencia de su padre y canturreaba entre dientes acunando a una muñeca.

— Más adelante —pensó—. Más adelante volveré a interrogarla cuidadosamente.

Cortó la grabación, salió de la habitación y penetró en la pequeña

pieza que le servía de despacho y allí, a solas, dio marcha atrás a la cinta magnetofónica y escuchó la grabación.

Tentado estuvo de llamar a su esposa y hacerle escuchar aquella grabación, pero no se decidió a hacerlo, finalmente. ¿Para qué? Con ello, posiblemente, no conseguiría otra cosa que preocupar a Olivia, cuyos nervios habían sufrido una dura prueba la noche anterior.

Por otra parte, y aunque las respuestas de su hija, impresionadas en la cinta magnetofónica, parecían absolutamente sinceras, ¿quién podía garantizarle que no se trataba de una simple fantasía?

— Los niños son tan imaginativos... Normalmente, Betty hace una vida excesivamente solitaria. Es posible que ella haya creado en su cerebro ese personaje, Hoongry, que no existe más que en su imaginación. Lo q³ debió ocurrir ayer fue que Betty saltó la verja, se alejó y se perdió. Probablemente se ocultó en cualquier agujero, en una zanja, en cualquier lugar oculto. Eso explicaría que los hombres que dieron la batida no la encontrasen por ninguna parte —razonó.

Lo mejor era olvidar aquel asunto. Eso sí, Betty dejaría de ir a la escuela por una temporada y permanecería recluida en casa, por si acaso. Si era necesario, llevarían a la niña a la consulta de un psiquiatra, en Holborn, capital del condado, a unos cuarenta kilómetros de Greenville.

De momento, encomendó a Olivia que vigilase a la niña y no le permitiera salir de casa bajo ningún concepto.

Sin embargo, se sentía demasiado excitado como para guardar su secreto para sí mismo. No diría una palabra a Olivia, desde luego, pero podía confiarse a Bob Drake, que además de amigo era un médico de gran prestigio.

Cuando se asomó al exterior, seguía lloviendo. Pidió a Olivia que le trajera un impermeable y dijo que tenía que volver a la comisaría.

— No tardes mucho, por favor —le recomendó ella. Y le besó en los labios.

Como director del dispensario médico local, el doctor Drake solía permanecer en aquel centro hasta el final de la tarde, de modo que Kanner se dirigió hacia allí.

Drake se preocupó por la niña y esto dio pie al policía para plantearle sus dudas. Dentro del despacho del médico y con la puerta cerrada, puso el magnetófono sobre la mesa y reprodujo la conversación mantenida con Betty horas antes, que Bob Drake escuchó religiosamente, sin pestañear siquiera.

— Por supuesto, cualquiera diría que Betty, a pesar de su subnormalidad, posee una mente fantástica, ¿no crees? — comentó Kanner, cuando terminó la grabación.

Drake tardó en responder. Pensativo, parecía reflexionar sobre lo que acababa de oír.

— Dime una cosa, Artie: ¿llevaste alguna vez a Betty al lago Kachapi? —preguntó.

— Por supuesto que no. Aunque yo no creo una palabra de todas esas historias de escurridizos monstruos acuáticos, el lugar no resulta muy agradable. No, Betty no estuvo nunca en el lago —puntualizó.

— ¡Sorprendente! —exclamó el médico.

—¿Sorprendente? ¿Por qué?

— Porque tu hija no ha estado en el lago, según tú, pero según se desprende de sus respuestas, ella lo conoce a pesar de todo —observó Drake.

—¿En qué te basas para decir eso? —preguntó Kanner, intrigado.

Por toda respuesta, el médico tomó el pequeño grabador e hizo retroceder la cinta. Graduó la grabación hasta que la cinta llegó al punto que le interesaba. Entonces dio a la tecla de reproducción y ambos pudieron oír claramente la voz de Kanner:

« —... venías mojada por completo. ¿Es que te caíste en algún charco?»

Se oyó el rumor de los juguetes rodando por el suelo y a continuación la irritada voz de la niña:

«—¡No me caí en ningún charco! Hoongry me llevó al lago. El lago es suyo. Me llevó nadando hasta una gruta... ¡Nada tan bien! Estuvimos allí todo el tiempo y él me dio algo para comer. No me gustaba y lo tiré, pero Hoongry no se enfadó por ello.»

Drake detuvo el magnetófono.

— ¿No lo comprendes? Betty habla de una gruta. Y esto es un dato concreto, porque la gruta existe —puntualizó el médico—. Yo mismo la he visto, a través de los prismáticos, aunque nunca llegué hasta allí. Está situada en la ribera oriental, a unos mil quinientos metros agua abajo. Supongo que no es fácil llegar a ella por tierra, puesto que la orilla allí es abrupta y rocosa. Si se llega a la orilla más próxima a Greenville, el camino más lógico para llegar a la caverna sería a través del lago, bien remando en una barca o. ..

— ¿O nadando? ¿Crees que un hombre podría nadar mil quinientos metros con una niña a la espalda? Te recuerdo que Betty pesa treinta kilos —le interrumpió Kanner.

Drake tabaleó con su bolígrafo dorado sobre la mesa.

— Comprendo que es increíble. Pero un hecho concreto es que Betty conoce esa gruta —comentó.

—¿Y no podría tratarse de una simple casualidad? Betty posee un bello libro de cuentos con láminas en colores. Hace poco estuvo leyendo «La Sirenita». En las láminas aparecía el mar y una gran gruta subterránea... ¿No crees que Betty pudo inventar la gruta por asociación de ideas, como parte de su fábula? —preguntó Kanner, inquieto.

Drake consideró la cuestión.

— Es posible —dijo. Su expresión se animó—: De todas formas hay una forma de averiguarlo. Quiero decir, si Betty se inventó esa gruta o si estuvo en la gruta real del lago Kachapi.

— ¿Cómo averiguaríamos eso?

— ¿Podemos visitar a Betty? —preguntó el médico—. Me gustaría hacerle unas preguntas. Pero no temas: no la molestaré mucho. Sólo pretendo demostrar mi hipótesis.

— No veo que haya ningún impedimento en ello —Kanner consultó su reloj—. De todas formas, todavía es temprano, Betty estará despierta. Te confieso que este asunto me inquieta un tanto. Me gustaría saber a qué atenerme.

— En ese caso, vamos.

Salieron a la calle y tomaron el automóvil de Kanner, que les trasladó en pocos minutos al domicilio de este último.

Como Artie había supuesto, Betty no se había acostado aún. Su madre la había estado entreteniéndole mostrándole unas revistas de Zoología, que Kanner coleccionaba. La niña parecía muy alegre y entusiasmada.

— Betty, éste es el doctor Drake, a quien tú conoces ya. Tiene un gran interés en conocer a tu amigo Hoongry

— habló Artie a la niña, después de haber advertido a Olivia brevemente —. Quiere hablar contigo acerca de ello.

Drake se puso en cuclillas junto a Betty, que seguía hojeando una revista ilustrada.

— Dime, Betty, ¿es cierto que Hoongry te llevó a la cueva del lago?

— Sí —respondió la niña, sin dejar de pasar las hojas de la revista.

—Tengo una enorme curiosidad. ¿Cómo era la cueva?

— insistió el médico.

— Grande, oscura... Muchos huesos. Hoongry sólo come carne cruda. El no es como nosotros —dijo Betty.

—¿Cómo es Hoongry?

— Distinto —expresó Betty por toda respuesta.

Como su bella carita mostraba ya el fruncimiento de la impaciencia, Drake rehusó hacerle más preguntas. Los dos hombres abandonaron su salita de juegos, sin que la niña lo advirtiera. Olivia les miró con preocupación.

Entretanto, Kanner había llevado al médico a su despacho y le servía un whisky. Encerrados en la habitación, el policía abordó el asunto.

— ¿Y bien?

— Ella dice que es una gruta grande, oscura y... llena de huesos. Si queremos dilucidar si se trata de una invención o no, la solución es fácil: visitemos esa caverna y si su descripción coincide con la que nos ha dado Betty, habrá que admitir que, de una u otra forma, ella estuvo allí.

Kanner le dirigió una mirada sombría.

— Me da miedo todo esto, Bob. Pero estoy dispuesto a afrontar esa prueba. De todas formas no pretenderás que vayamos a estas horas al lago...

— Por supuesto que no, Artie. No se trata de un asunto de vida o muerte. Esperaremos. Si el tiempo ha mejorado mañana, podemos llevar a cabo la confrontación. Puedo pedirle su lancha neumática a Edgar Rice. La embarcación tiene un motor fuera-borda y es muy segura.

— De acuerdo. Esperaremos a mañana —acordó el policía.

Fumaron en silencio. Kanner no quería beber: le dolía la cabeza. Pero fumó un cigarrillo tras otro durante la hora que permanecieron juntos.

— Me pregunto qué ocurrirá si vamos a esa gruta y descubrimos que es espaciosa, oscura y... está llena de huesos — dijo Kanner, reflexivo

—. He invertido todo el día en tratar de encontrar a ese Hoongry, pero no he conseguido nada... «Hoongry sólo come carne cruda», acaba de decirnos Betty. ¿Quién es, si se trata de un personaje real? ¿Un caníbal?

— No lo sé. Pero reconozco que el asunto es lo bastante misterioso como para que valga la pena desentrañarlo. Y ahora me voy, Jenne me estará esperando —Drake terminó su whisky y se puso en pie—. Despídeme de Olivia.

— No tengas tantas prisas. Te llevaré a casa: está diluviando — anunció Kanner.

Artie advirtió a su esposa que se disponía a llevar al doctor Drake a su casa y prometió volver enseguida.

Media hora después estaba de regreso. Su esposa le advirtió que la niña dormía tranquilamente en su cama.

— ¡Dios mío, Dios mío! —murmuró por todo comentario.

Capítulo 3

Había dejado de llover, pero soplaba el viento. Negros nubarrones se desplazaban raudos allá arriba, en dirección norte.

A las diez de la mañana, el jefe Kanner y el doctor Drake se dirigían hacia el sur. Drake conducía su furgón, sobre cuya baca, perfectamente sujeta, iba la balsa neumática con su potente motor fuera-borda.

A nadie habían dicho que se encaminaban al lago Kachapi: cualquiera que lo hubiera sabido les hubiera tomado por locos.

De todas formas, Artie Kanner había aventurado la posibilidad de hacerse acompañar por un par de sus hombres.

— De ningún modo —le convenció Drake —. ¿Para qué? Se reirían de nosotros. Por otra parte, ya conoces la aversión que el lago inspira a las gentes de Greensville. Es mejor que vayamos solos. ¿Qué podemos temer? Ni tú ni yo creemos en monstruos prehistóricos...

De todas formas, Kanner llevaba su rifle de caza en una funda. Y también su revólver de reglamento alojado en su funda axilar.

Por otra parte, su salida hacia el sur no extrañó a nadie. Iban pertrechados como para un día de pesca: botas hasta la cintura, gorras impermeables y chaquetones de agua.

Con el fin de evitar a cualquier observador oculto, Drake condujo tres o cuatro kilómetros a lo largo de un camino rural completamente encharcado, y viró a la izquierda en el momento que lo juzgó preciso.

Pocos minutos después el automóvil se detenía en la margen más accesible del lago Kachapi.

Si las aguas del lago eran por lo común oscuras, ese día parecían más negras de lo habitual. Las márgenes boscosas, verdinegras, no ayudaban precisamente a dar un aspecto agradable a aquel paraje.

La orilla más distante se perdía en el horizonte. El viento soplaba a rachas levantando un oleaje encrespado que iba a morir en la hermosa orilla. La verdad era que, a pocos metros de distancia del borde, el

fondo del lago desaparecía como una mancha negra e impenetrable.

— ¿Qué esperamos? —exclamó Drake. Y ambos pusieron manos a la obra de desatar la lancha.

La balsa neumática en sí era liviana, pero el motor fuera-borda pesaba ciento cuarenta kilos y les obligó a hacer un esfuerzo notable para trasladar la embarcación hasta el agua. Al fin, la lancha quedó balanceándose en la orilla, mientras Kanner recogía su rifle y lo armaba.

— Debí advertirte que no marchábamos a la guerra —bromeó el médico. Pero Kanner, muy serio, armó su rifle y lo cargó. Luego, los dos hombres saltaron a la embarcación, Bob arrancó el motor y la lancha se alejó de la orilla.

— ¿Sabes una cosa? —gritó el médico para hacerse oír de Kanner por encima del zumbido del motor—. Esta mañana acabo de descubrir algo sumamente interesante.

El policía le interrogó con el gesto.

—Vino a la consulta el hombre más viejo de Greensville, un granjero llamado Angus Bartholomew Johnson. Un personaje notable —comentó Drake—, Cuenta ciento seis años y quería que le extrajera su último colmillo. Me contó una historia interesante: dijo que cuando él era un chiquillo, el lago Kachapi era abundante en peces de todas clases y tamaños y la gente frecuentaba sus orillas como si tal cosa, aunque ya entonces se sabía que su profundidad era considerable.

—¿Y bien?

— Le pregunté por qué se había agotado la pesca y dijo que en 1889 un enorme aerolito descendió del firmamento y vino a estrellarse contra la superficie del lago. El señor Johnson sustenta una curiosa teoría: dice que la gran masa mineral procedente de las estrellas hace hervir literalmente las aguas del lago y que, como consecuencia de ello, murió todo bicho viviente en estas aguas. Me aseguró que los periódicos de aquella época se ocuparon con gran lujo de detalles del asunto, que fue muy comentado entonces. Johnson no cree en monstruos ni nada de eso. Su opinión es que todos los peces murieron entonces. Podría ser una explicación plausible, ¿no te parece?

Kanner asintió con la cabeza. Pensando en lo que acababa de oír, se propuso realizar una visita a la Hemeroteca Na-nicipal de Holborn, con el fin de consultar los periódicos de la fecha citada por Drake, es decir, 1889.

Entretanto, el bote neumático surcaba las sombrías aguas a buena velocidad, a pesar de que el viento era adverso y el oleaje iba en aumento, de modo que a cada momento, las olas se estrellaban en la proa achatada de la embarcación y el agua salpicaba sus rostros.

Poco a poco fueron acercándose a la orilla oriental. A unos doscientos metros de distancia, Drake señaló con un ademán perentorio la orilla.

Kanner vio el tajo rocoso de unos cincuenta metros de altura que caía directamente sobre las aguas.

La pequeña mancha oscura que se veía en el risco fue haciéndose más y más grande hasta que la boca de la caverna fue claramente visible. Se trataba de una abertura de metro y medio de altura por unos tres de anchura.

Drake paró el motor y el bote se acercó a los rompientes por su propio impulso. Luego Bob saltó sobre la húmeda plataforma pétrea con un cabo en la mano y aseguró el bote junto a la roca.

Kanner echó una mirada a las oscuras aguas y se estremeció. Pero Drake estaba esperándole, le tendía ya la mano, por lo que el policía cogió su rifle y saltó a tierra.

Resbaló sobre las húmedas rocas y estuvo a punto de caer al agua, pero el médico le sostuvo con firmeza.

Echaron una lenta y cuidadosa ojeada al desolado paraje. A lo largo del talud rocoso corría una plataforma irregular contra la que golpeteaban las olas con un rumor rítmico y ahogado.

Por encima de sus cabezas, había unas oquedades de pequeñas dimensiones que, posiblemente servirían de cobijo a las aves de presa. En efecto, unos segundos después, un grupo de cuatro buitres leonados lanzó su fúnebre graznido y las carroñeras emprendieron el vuelo y se perdieron más allá de las colinas arboladas.

— Bien, ya estamos aquí, Artie —exclamó Drake, sin darle importancia—. Vamos a echar una ojeada a esa cueva.

Sacó dos linternas de los holgados bolsillos de su chaqueta y le tendió una.

Luego treparon con cuidado por la resbaladiza pendiente y se aproximaron a la boca de la gruta.

Tuvieron que inclinarse para poder entrar. Pero en cuanto estuvieron dentro, advirtieron que el techo de la caverna se elevaba.

La luz de las linternas les permitió ver una gruta de considerables proporciones, aunque de irregular trazado. El techo ascendía progresivamente, pero también el piso que se ofrecía a su vista en amplio declive. La bóveda pétrea tendría unos seis metros de altura, pero la anchura sería de unos doce o trece.

Apoyándose en el poroso muro deprimido, ascendieron por aquella especie de tobogán hasta alcanzar el centro geométrico de la gruta.

A la derecha, donde la oblicua mole aparecía hendida por una grieta ancha, vieron el montón de huesos desparramados junto al muro.

Kanner y Drake cambiaron una rápida mirada. Luego avanzaron unos pasos y examinaron aquellos restos.

— Huesos de animales —pronunció Bob con una entonación especial—. Algunos están casi secos, otros parecen más recientes.

Kanner asintió, sombrío.

—Así, pues, debemos admitir que Betty estuvo realmente aquí —dijo—. No puedo negar lo que es evidente. Betty supo describir magistralmente este lugar con pocas palabras: una cueva grande, oscura y con muchos huesos —hizo una pausa para recuperar el aliento y añadió—: No voy a negar que esto, lejos de tranquilizarme, me inquieta más y más. Porque... ¿qué persona razonable se atrevería a traer aquí a una niña como Betty?

—Tienes razón —admitió el médico—. Debe tratarse de un desequilibrado mental. El hecho de que, según parece, se alimente de carne cruda, así parece demostrarlo.

Con un gesto impaciente, Artie sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció rápidamente a Bob y del que ambos fumaron.

— Es preocupante que se trate de un loco, pero también lo es que fuera capaz de nadar desde la orilla norte hasta aquí con Betty a la espalda. ¡Ese individuo debía poseer una fuerza muscular tremenda y una resistencia poco común! —exclamó Kanner.

Calló.

Estaba imaginándose a Betty allí, con un desconocido de mente insana que... comía carne cruda. Se imaginó también que aquel energúmeno ofrecía a la niña un pedazo de carne, posiblemente en mal estado, y Kanner se estremeció de ira y de asco.

Drake, que curioseaba cerca del policía, acababa de hacer un descubrimiento que terminaba con todas las dudas: un lazo, una cinta de seda azul que Artie Kanner identificó en el acto. Era la cinta con la que Olivia sujetaba los cabellos de Betty para formar su «cola de caballo».

— Sí, es de mi hija. Y ello demuestra que ella dijo fielmente la verdad —pronunció, reflexivo. Sus facciones se crisparon—. Tengo que encontrar a ese tal Hoongry. Me temo que sea un individuo mil veces más peligroso de lo que supuse al principio.

El rumor les obligó a volverse bruscamente hacia el fondo de la caverna.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el policía, nervioso.

— No lo sé, pero juraría que ha robado una piedra —respondió Drake, perplejo.

Justamente en aquel momento se repitió aquel ruido. Era tal como lo había descrito Bob: como si una piedra acabase de rodar sobre el piso pétreo.

— ¿Quién está ahí? —preguntó, nervioso.

Nadie respondió a su pregunta. Pero aquel desagradable rumor resonó nuevamente.

Kanner avanzó unos pasos, con la linterna en la mano izquierda y el rifle en la derecha. El médico le siguió, muy impresionado.

Las linternas, poco potentes, no eran suficientes para iluminar con

claridad el recinto. Hasta entonces no habían reparado en el hecho de que el fondo de la cueva se prolongaba en una galería de poco más de dos metros de diámetro, una oquedad casi cilíndrica, oscura como boca de lobo.

Al relumbro de las linternas, Kanner creyó vislumbrar algo que se movía.

— ¡¡Salga!! ¡¡Salga inmediatamente o disparo!! —gritó.

Los nervios le traicionaron. Dejándose llevar por el impulso, elevó el rifle y disparó dos veces.

Las secas detonaciones resonaron fragorosas bajo la cúpula de piedra. Lentamente, descendieron hacia la galería. En aquellos momentos, los dos hombres sentían el miedo como un auténtico condicionamiento físico, que disminuía sus movimientos y alteraba su respiración.

Avanzaron diez, quince metros, muy despacio.

La galería descendía continuamente hasta desembocar en atgo que parecía un pozo. Allá abajo, el agua espumeaba.

Había, al borde de! agua, una piedra redondeada, de unos diez centímetros de diámetro, que se desplazaba con un rumor característico sobre el piso pedregoso a impulso de los embates del flujo y reflujo que penetraba desde las profundidades.

Aquel brocal tendría unos dos y medio metros de diámetro y a intervalos, el agua fluía con fuerza produciendo un gorgoteo muy desagradable.

Aparte de esto, los dos amigos no pudieron ver nada más.

De repente, Bob Drake prorrumpió en una risa nerviosa.

— Esa piedra se movía por sí sola... ¡he ahí la causa de nuestras preocupaciones! —exclamó, cuando pudo dominar las carcajadas—. Parece que esta galería comunica directamente con el lago: ese flujo constante lo demuestra.

Chasqueado y un poco furioso por haberse dejado llevar por los nervios, Artie Kanner volvió sobre sus pasos.

—Vémonos —propuso—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

Descendieron la resbaladiza pendiente de acceso a la caverna y el viento les golpeó en los rostros.

— De todas formas, tengo que encontrar a ese individuo llamado Hoongry —declaró Kanner, decidido—. Y si lo encuentro, va a tener que responderme a unas cuantas preguntas. ¡Traer a un lugar tan asqueroso a una niña como Betty...! Pobre hija mía, imaginar que pasó la noche en compañía de un individuo como ese... que se alimenta de carne cruda...

Drake se ajustó la gorra en la cabeza para impedir que el furioso viento se la arrancara.

— Olvidas una cosa, Artie: según nuestros cálculos, ese tipo debe ser un loco. Y un hombre mentalmente enfermo no es responsable de sus

actos.

Kanner asintió con la cabeza.

— Tienes razón: la cólera me hizo olvidarme de esa posibilidad, casi certeza. De todas formas, debo encontrarle y ponerle a buen recaudo. No soy muy partidario de los manicomios, pero en ciertos casos están más que justificados — respondió el policía.

Drake saltó ágilmente sobre el bote y pidió a Kanner que soltase el cabo antes de saltar, lo que hizo éste seguidamente.

Pero al borde de la plataforma rocosa, dirigió una mirada a la negra profundidad insondable sobre la que se mecía el bote neumático y vaciló.

— ¡Vamos, Artie, tú eres un buen nadador! —le animó el médico—. ¿Qué podría ocurrirte de malo en el improbable caso de que cayeras al agua?

Drake había adivinado sus pensamientos. Movido por la ira, Kanner saltó con el rifle en la mano y cayó sobre el bote.

Un momento después se alejaban hacia la orilla norte.

— Hay otra cosa que me desconcierta —dijo Drake desde la popa del bote—, ¿Cómo pudo orientarse Betty para llegar a casa en mitad de la noche?

— ¿Eso te preocupa? —masculló el policía — . Imagino que ese tipo..., ese lunático peligroso la acompañaría hasta casa, de regreso.

* * *

A pesar de su pericia, a pesar de su voluntad y su experiencia profesional, el jefe de policía Kanner no logró encontrar a Hoongry a lo largo de los días siguientes.

Había tenido, sí, la oportunidad de viaiar a Holborn y había pasado tres horas en la Hemeroteca Municipal. El longevo señor Johnson no se había equivocado. Según la prensa de la época, el 16 de julio de 1889 había tenido lugar un raro fenómeno meteorológico: un gran aerolito había cruzado la atmósfera en estado incandescente y se había zambullido en las oscuras aguas del lago Kachapi, dentro del importante condado de Holborn y a escasos kilómetros de la próspera ciudad de Greenville.

Esto no era ninguna leyenda. El aerolito había sido visto por millares de personas, pues la noche del 16 de julio de 1889 fue especialmente calurosa, lo que obligó a trasnochar a muchas personas para gozar de las frescas temperaturas nocturnas, ya que el día había sido abrasador. En noche tan clara, el meteoro había sido, pues, presenciado por numerosas personas, que testificaron la autenticidad del fenómeno.

Sin embargo, estos testimonios no eran imprescindibles, puesto que la caída del aerolito había sido detectada y seguida con gran interés por varios observatorios meteorológicos y se calculó con bastante

exactitud el punto de caída: el lago Kachapi.

Un investigador llamado profesor Rufus Prentice había tomado la temperatura de las aguas del lago poco después de que el aerolito se zambullese, lo que había llevado a la deducción de que aquella masa líquida había estado a punto de hervir, pues alcanzó los 96° de la escala Celsius.

Pero lo que el anciano Bartholomew Johnson no dijo al doctor Drake aquella mañana, lo descubrió Artie Kanner con un repaso detenido de los periódicos de los años posteriores. Por ejemplo, un tal Dana Felton, presidente del «Club de Pescadores Veteranos», se quejaba públicamente del hecho de que, tras los cuantiosos gastos realizados por su club para la repoblación piscícola del lago Kachapi, antiguamente de gran riqueza en diversas especies de peces, aquel dispendio no se reflejase en el aumento de la fauna del lago.

Según pudo comprobar Kanner a través de tan atrasados periódicos, el Estado había repoblado también el lago Kachapi en diversas ocasiones. Con el mismo resultado negativo: las especies vertidas a aquellas aguas no sólo no prosperaban sino que desaparecían en breve plazo misteriosamente.

Un biólogo llamado Edmund P. Clarke, considerado como experto en la materia, aventuraba la hipótesis, aceptada por entonces, de que el aerolito venido del espacio hubiera podido envenenar las aguas del lago. Esta especie prosperó durante largos años, hasta que los ingenieros del Estado analizaron las aguas de Kachapi Lake y comprobaron que no contenían sustancia alguna que hiciera imposible la vida de la fauna piscícola en su seno.

Artie Kanner volvió a Greenville lleno de incertidumbre. Hombre inquieto, investigador y policía por vocación, aquella particularidad del lago Kachapi para no criar peces le intrigaba profundamente.

Para Kanner, cada misterio suponía una especie de desafío a su capacidad para la investigación. Aquel problema, que nunca le había preocupado especialmente, se convertiría para él a partir de allí en una verdadera obsesión. De modo que el jefe Kanner se propuso averiguar por qué los peces y otras especies acuáticas no prosperaban en el misterioso lago Kachapi.

Entretanto, y aunque con más sosiego, no había olvidado su intención de encontrar y detener al desequilibrado que había arrancado a su hijita del jardín familiar y la había llevado a un lugar tan lóbrego y repugnante como la caverna de la orilla oriental del Kachapi Lake.

Naturalmente, en cuanto llegó a Greenville, Kanner dio cuenta a Bob Drake de sus descubrimientos a través de los ejemplares de la Hemeroteca Municipal de Holborn. Las noticias que el jefe de policía traía, causaron gran impresión al médico, tan apasionado en la revelación de los enigmas como el propio Artie Kanner.

— Es curioso —dijo Bob Drake — . Eso, de alguna forma, parece ratificar las leyendas de monstruos que rigen en Greensville.

— Querido amigo, desvarías —respondió Kanner, barrenándose la sien con un dedo, de forma muy expresiva.

— No creas que estoy tan loco —respondió Bob, calmoso—, Las aguas de Kachapi no están contaminadas con tóxicos ni otras sustancias, ¿no es cierto? Por tanto, en teoría son aptas como cualesquiera otras para la cría de fauna acuática. Y esto es un enigma. Porque es verdad, en el lago no sólo no hay peces y ranas: es que no hay patos y otras palmípedas, como abundan, por ejemplo, en el lago West, apenas a ochenta kilómetros de aquí, donde tú y yo hemos cazado numerosas veces...

— Me confundes —le atajó el policía — . ¿Qué es lo que estás tratando de demostrarme?

— Escúchame antes: si en las profundidades del lago proli-ferasen animales que, como las focas, se alimentan de peces, ¿qué ocurriría? Probablemente la pesca iría disminuyendo gradualmente hasta extinguirse —arguyó el médico.

Kanner rió sin ganas.

— Para eso sería preciso que las focas, ya que te has referido a ellas, se contasen por muchos millares. Sólo así podrían terminar con la riqueza piscícola, puesto que los peces se multiplican con maravillosa facilidad —opuso pacientemente.

— Claro, pero eso suponiendo que el lago estuviera lleno de peces. Cuando cayó el aerolito, la fauna piscícola quedó extinguida por completo, ¿no? Imagínate que entonces hubieran llegado a Kachapi, aguas arriba, animales de vida anfibia y en gran número. Cuando se llevaban a cabo las repoblaciones piscícolas, no se vertían cientos de toneladas de alevines, sino apenas unas docenas de kilos... que podrían ser rápidamente engullidos por los nuevos moradores del Kachapi Lake.

—Todo eso son divagaciones —le interrumpió el jefe Kanner—. ¿Qué animales eran tales depredadores? Y otra pregunta, ¿cómo podrían superar la gran presa Big Indian de sesenta metros de altura que limita el extremo sur del lago?

— Pero la presa Big Indian no estaba construida en 1889 — Bob sonrió alegremente—. Ya sé que es aventurado, pero esa leyenda del monstruo pudiera tener alguna base real.

— No para mí. Por lo menos hasta que tenga alguna prueba más tangible que tus simples elucubraciones —resolvió Artie Kanner.

* * *

Durante una semana había llovido sin parar.

Los riachuelos, torrentes y aguas subálveas que desembocaban en el

lago Kachapi habían aumentado considerablemente el volumen de éste, de forma que sus orillas se habían elevado unos ocho metros sobre su nivel normal.

Es decir, el lago Kachapi se había acercado a la ciudad de Greenville más de un kilómetro, de modo que una lengua de agua venía casi a lamer el cementerio local, erigido en el fondo del valle, precisamente en la parte sur de la ciudad.

Cierto que Greenville se extendía sobre una cota más alta y no existía peligro, por el momento, de que la ciudad quedase anegada, pero la gente comenzaba a dejarse llevar por el pánico.

Kanner había visto formarse algunos corros de desocupados que hacían comentarios en voz baja. También se susurraba en los bares, en los restaurantes e incluso en las dos estaciones de servicio.

El jefe de policía averiguó el temor de aquellas gentes: temían que el lago Kachapi subiera aún más y que sus aguas

inundaran el cementerio y arrastraran los enterramientos y, por supuesto, los restos mortales de varias generaciones de antepasados de los habitantes de Greenville. Por supuesto, era factible mantener el nivel de las aguas a una altura prudente, pues bastaba con dar larga a los aliviadores de la presa Big Indian, pero el dique caía fuera del Estado y podrían surgir complicaciones de tipo administrativo.

Kanner llamó por teléfono al sheriff de Holborn y le dio cuenta de sus dificultades. Andrew Mann le tranquilizó:

— El nivel de las aguas de Kachapi Lake no subirá un solo centímetro más: el embalse está lleno, de modo que deberán abrir los aliviaderos si quieren evitar que el agua rebose Dor encima de la presa.

Esto era cierto. El agua no subió ni un milímetro de aquella altura máxima, pero tampoco bajó ostensiblemente. De todas formas, Kanner entregó una hoja mecanografiada a Anthony Culp, director y único empleado de la modesta emisora comercial de Greenville, quien se apresuró a radiar el mensaje de Kanner, tranquilizando a sus conciudadanos.

A la mañana siguiente, el teléfono zumbó a las ocho en punto en el hogar de los Kanner.

— Tengo aquí a Tañe Gribbs, jefe. Parece muy nervioso — le dijo Jeff, su ayudante.

— Iré enseguida — prometió Artie—. Por cierto, ¿quién es Gribbs? Ese nombre me suena, pero no acabo de recordar...

—¿Gribbs? Tiene que sonarle, por fuerza. Es el encargado del cementerio, jefe.

Kanner bebió su taza de café de un trago y se despidió de su esposa. Seguía lloviendo cuando subió a su automóvil. Había quien predecía una abundante cosecha de ranas para la primavera próxima.

Como le había anticipado Jeff, Tañe Gribbs parecía muy nervioso.

Sentado sobre una silla, en el borde de la silla, para ser más exactos, daba vueltas y más vueltas, muy impaciente, a su gorra de hule. Su traje de agua aparecía embarrado, sobre todo los anchos pantalones, al igual que las botas de goma.

— Ah, buenos días, Gribbs —dijo Kanner, amablemente—.

¿Quiere pasar a mi despacho o prefiere que hablemos aquí mismo?

— Será mejor que hablemos aquí. Si entro, le mancharé todo el suelo, jefe —respondió el encargado del cementerio.

Kanner miró a Gribbs con interés. Era este un hombre de unos cincuenta años, delgado pero fibroso, de rostro delgado y moreno, un tanto lúgubre, con ese aspecto de desgana propio de algunas personas que viven en relación próxima con los muertos.

— Prepáranos un poco de café, Jeff —pidió Artie a su ayudante. Luego se volvió hacia Gribbs—: V bien, Tañe... ¿de qué se trata?

— Pues, verá, jefe: mucho me temo que tengamos en Greenville algún profanador de tumbas...

— ¿Un profanador de...? Explíquese, por favor.

Gribbs lo hizo, escogiendo cuidadosamente las palabras. Se veía que le impresionaba un tanto el ambiente oficial de la comisaría y no quería quedar como un paleta.

— Usted sabe que mi familia y yo vivimos en un edificio anexo al cementerio, situado en su parte anterior... Pues bien: anoche me retrasé un poco, pues mi esposa me había encargado algunas provisiones. De paso, todo hay que decirlo, tomé unas cuantas jarras de cerveza en el «Wide Bar», de Jim Jefferson. Bebí bastante, nada fuera de lo normal —¿qué sería lo normal para Tañe Bribbs? —. Luego, hacia las nueve, cogí mi jeep y me dirigí a casa.

Estaba diluviando y el camino del cementerio se había convertido en un cenagal.

— Cuando me acercaba a la puerta principal, me pareció ver que una sombra escalaba la tapia del cementerio —prosiguió Gribbs—. Confieso que al principio dudé de mí mismo. Quizá había tomado alguna copa de más y los sentidos acababan de gastarme una broma... Cuando llegó con su coche a la altura del lugar donde había creído ver la sombra, se detuvo un instante y, sin abandonar el vehículo, vio las manchas de barro sobre la parte inferior de la pared.

— Seguí adelante enseguida y encerré el coche. Debo decirle que yo no temo a los muertos, sino a los vivos — puntualizó severamente el encargado del cementerio—. Pedí a Tab, mi hijo mayor, de diecisiete años, que me acompañara. Tomamos dos lámparas muy potentes y un rifle y salimos para dar una batida por el interior del cementerio.

— ¿Con qué resultados? —quiso saber Kanner.

— Alguien había estado removiendo la losa de la tumba de Edna

Malone, la joven que murió hace un par de semanas en accidente de automóvil. Lo que más me preocupó fue que había numerosas huellas alrededor del pequeño mausoleo costado por todo el pueblo...

Gribbs, muy nervioso, daba vueltas sin cesar a su gorra manchada de barro.

— Tab, mi hijo, que tiene mejor vista que yo, vio unas sombras que se deslizaban hacia el otro extremo del camposanto — añadió el hombre —. Disparé un par de tiros al aire, porque, lo confieso, sentía miedo.

Tab le había tomado por un brazo y aconsejado que volvieran sobre sus pasos.

— Fue lo que hicimos. Pensé que los intrusos no se atreverían a volver, después de escuchar los disparos. Y decidimos que a la mañana siguiente registraríamos el cementerio de arriba a abajo, para comprobar si habían profanado algún otro enterramiento...

— ¿Por qué no me llamó por teléfono? Hubiéramos acudido inmediatamente —le reprochó Kanner.

— ¿Por teléfono, dice? —alzó la voz Gribbs—. Llevo varios años visitando a todos los alcaldes de Greenville para conseguir que me lo instalen, sin ningún éxito. Espero que, a partir de este incidente, usted hable con el alcalde Logan y me instalen por fin el teléfono.

Kanner le prometió que plantearía el asunto al alcalde y Gribbs se tranquilizó un tanto.

— Pues como le iba diciendo —prosiguió el encargado del cementerio —, en cuanto amaneció, Tab y yo nos pusimos las botas de agua y salimos a explorar el cementerio. Las vitrinas de varios nichos estaban destrozadas, aunque no habían conseguido separar o romper las lápidas correspondientes.

La pesada losa que cubría el enterramiento de Edna Malone —una bella joven de dieciocho años, muy popular en Greenville— estaba removida y separada varios centímetros de su posición correcta.

— Aunque no creo que llegasen a profanar la tumba —añadió Gribbs. Y se calló.

Jeff les trajo el café, que Gribbs agradeció con un gesto y bebió a cortos tragos, soplando a intervalos sobre el negro brevaje para enfriarlo.

Cuando terminaron, encendieron cigarrillos y fumaron.

— ¿Tiene alguna idea al respecto? —preguntó Kanner a su visitante. Gribbs se encogió de hombros.

— Pues... No estoy muy seguro, jefe. No creo que se trate de ladrones, puesto que nada robaron (y debo decirle que en algunos de los nichos que rompieron había costosos candelabros de plata y otros objetos valiosos). Más bien me atrevería a pensar que se trata de algún desequilibrado. Uno de esos, ¿cómo les llaman? Necra... Necro...

— ¿Necrómano? —le ayudó Kanner.

—Algo así. Un perturbado que siente pasión por los muertos. Quizá algún secreto admirador de Edna Malone, tan guapa y atractiva en vida... No sé, no entiendo mucho de estas cosas, jefe —Gribbs parecía aturrullado—. Lo único que me interesaba es ponerle al tanto del asunto, que a mi corto entender se me antoja de manifiesta gravedad.

—Tiene razón, Tane —asintió el jefe de policía—. Puede marcharse, si quiere. Voy a informar al juez Paddington y luego Jeff y yo iremos al cementerio para echar una ojeada.

Gribbs se puso en pie. Por un momento dudó en ofrecer su mano al jefe Kanner, pero finalmente no lo hizo. Pronunció un saludo y se marchó.

Capítulo 4

¿Qué es eso del cementerio? —preguntó Bob Drake, despojándose de su blanca bata y poniéndose el chaquetón de cuero—. En Greenville no se habla de otra cosa. La gente parece muy atemorizada. Se habla, incluso, de un robo de cadáveres...

Kanner rió sin ganas.

— Nadie ha robado nada —declaró—. Si bien es cierto que unos desconocidos penetraron en el cementerio anoche.

—¿Con qué objeto? —inquirió Drake cuando los dos hombres abandonaban el dispensario médico.

—¿Con qué objeto, decías? No lo sé —declaró Artie—. Jeff y yo estuvimos esta mañana allí. Gribbs aseguró que había visto a alguien escalando la tapia del camposanto. V también que él y su hijo vieron huir a varios individuos cuando registraron, más tarde, el cementerio. Mi ayudante y yo recorrimos todo el recinto en busca de huellas. Pero, como sabes, llovió durante toda la noche y el agua debió arrastrar el barro de los pies de los merodeadores.

— ¿Ladrones de cadáveres? —preguntó Bob, con una media sonrisa irónica.

— ¡Quién lo sabe! En cualquier caso, no robaron nada. Pero apartaron veinte centímetros la losa de la tumba de Edna Malone (que pesa setecientos kilos) y destrozaron las vitrinas de

varios nichos —Kanner se alisó los cabellos con una mano—. La verdad, Bob, no sé qué pensar. Paso las horas obsesionado con la captura de ese desconocido Hoongry, que parece haberse esfumado en el aire...

— O en las aguas del lago Kachapi —le interrumpió Drake.

Kanner simuló no reparar en las palabras del médico.

— ...y ahora tengo que resolver un caso de profanación de tumbas. Mis hombres y yo hemos estado comprobando el movimiento de forasteros en Greensville, sin ningún resultado positivo. Podría tratarse de un estudiante de Medicina, un fanático de la Anatomía o algo así. ¿Qué piensas tú, Bob?

Drake volvió a sonreír.

— Querido Artie: esas son historias del siglo pasado, cuando los pobres estudiantes de Medicina se las veían y deseaban para poder realizar la disección de un simple miembro humano. Pero ahora, hoy, son numerosas las personas que ceden sus cuerpos a la Ciencia. ¿No podría tratarse de un necrófago? —apostilló.

Kanner se atragantó con el whisky. Su rostro se congestionó primero, tosió secamente después y se llevó un pañuelo a los labios.

—¿Un necrófago? —exclamó, incrédulo—. Me parece que te dejas influir demasiado por ese ciclo de cine de terror que dan en televisión...

— ¿Tan extraño te parece? —Le atajó su amigo — . Veamos, no creo que se trate de un acto de vandalismo. En una noche tan desagradable, lloviendo torrencialmente, con los caminos encharcados, ¿quién iba a tener humor para hacer una cosa así, sólo por malsana diversión? Pero no quiero inquietarte, si es eso lo que te molesta... Quizá no se trate de un necrófago, sino de un violador de cadáveres.

— Es curioso —se animó el rostro de Kanner—, Gribbs, el encargado del cementerio, mencionó esa posibilidad. Dijo que tal vez se tratase de un secreto adorador de la infeliz Edna Malone...

— En ese caso, deberás sospechar de la mitad de la población masculina de Greensville. Según parece, todos los hombres jóvenes (y menos jóvenes) de nuestra ciudad estaban enamorados de esa bella muchacha...

— No te burles de cosas tan sagradas —le reconvino Kanner — , Paddington ha tomado gran interés en el asunto. Debo resolver este caso o... me veré obligado a recurrir a Andrew Mann, el sheriff de Holborn...

— Y ello supondría una especie de humillación para ti...

— No es eso. Pero posiblemente perdería la confianza de los ciudadanos. Debe haber algún medio de llegar al fondo de este asunto...

Siguiendo su costumbre, el doctor Drake tabaleó con su bolígrafo sobre la mesa de madera. Dijo, de súbito:

Después, con la vista perdida en algún punto del techo, susurró:

Sólo come carne cruda...

Kanner palideció.

— ¿Estás pensando en ese... Hoongry? —exclamó, tenso.

—¿En quién, si no? —respondió Drake. Y añadió— el retrato que tenemos de Hoongry le define como un hombre corpulento, extraño, posiblemente un perturbado. Un hombre muy fuerte, capaz de remover una losa de setecientos kilos... Un loco, que come carne cruda... Convéncete, de un tipo así se puede esperar cualquier acción, por descabellada que parezca.

— Quizá tengas razón —admitió Artie—. No se me había ocurrido relacionar a Hoongry con la profanación del cementerio, pero ahora que lo dices...

Calló.

Uno de los camareros del «Winer Bar» subía la escalera secándose las manos en un paño no muy limpio.

—¿Quiere bajar un momento, jefe? Le llaman por teléfono. Me parece que se trata de su esposa —dijo.

Kanner bajó apresuradamente la escalera. Cruzó el bar, se introdujo en la cabina del teléfono y tomó el auricular.

— ¿Eres tú, Olivia? —preguntó nervioso.

Oyó un sollozo desgarrador. Y a continuación la voz de su esposa.

— ¡Artie! ¡Betty ha desaparecido!

El rostro de Kanner se congestionó de ira.

— ¿Qtie ha desaparecido? ¿Cómo es posible? ¡Te ordené que las vigilases constantemente!

— ¡Por el amor de Dios, Artie! ¡Me siento tan atribulada...! No sé cómo pudo ocurrir... Sonó el teléfono: era la señora Diamond, que quería saber si Betty volvería al colegio en fecha próxima. Me distraje unos minutos con su conversación... la niña debió escurrirse a espaldas mías, mientras hablaba con la señora Diamond... ¿No comprendes que no pude impedirlo, Artie? A ti te hubiera pasado otro tanto.

Kanner hinchó su ancho pecho de aire.

— Está bien —resopló—. Discúlpame. Te escucho.

— Cuando colgué, fui inmediatamente a la habitación de Betty. Estaba vacía. Creí volverme loca. Comencé a registrar habitación por habitación, sin dejar de gritar su nombre. Hasta que llegué al vestíbulo y descubrí que la puerta de la calle estaba abierta... Acabo de volver de la calle, Artie. He corrido como una loca, buscándola, pero no hay rastro de ella.

— Voy para allá ahora mismo. Me acompañará el doctor Drake —

anunció el jefe de policía.

Abandonó la cabina telefónica y cruzó el amplio bar. No necesitó subir a la plataforma: Drake vio su rostro transido y... comprendió. Ya en la calle, Artie dijo:

— Betty ha escapado de casa. Voy a pasarme por la comisaría y encargaré a mis hombres que la busquen. —Atribulado, añadió—: No sé si mis propios policías no se cansarán de que les utilice constantemente para resolver mis asuntos familiares...

Corrieron sin disimulos hacia el coche que Kanner había estacionado frente al dispensario. Un momento después el automóvil se dirigía a buena velocidad hacia la comisaría.

Jeff conocía ya la noticia. Olivia debía haber llamado a su esposo al puesto de policía.

— He llamado a Gambler, jefe —dijo su ayudante—. El se quedará aquí, atendiendo la radio. Yo quiero ir con usted.

— Perfectamente. Vamos.

Seguía lloviendo torrencialmente cuando el automóvil se detuvo frente al bonito chalet de los Kanner.

Olivia, que aguardaba tras la puerta, les franqueó el paso inmediatamente.

Kanner besó fugazmente a su esposa en la mejilla y preguntó, impaciente:

—¿Cuánto tiempo hace que notaste la falta de la niña?

— Eran las ocho y diez cuando sonó el teléfono. Lo sé porque miré el reloj de la cocina. La señora Diamond me entretuvo unos diez minutos, de modo que... no puede hacer más de diez minutos que Betty escapó.

Kanner cruzó el salón y fue a la habitación de Betty. Drake y Jeff Garey le siguieron.

El suelo, alfombrado de moqueta, estaba regado de los juguetes que la niña solía utilizar.

El precioso libro de cuentos, ilustrado con bellas láminas en colores, estaba abierto en el suelo. Había también unas tijeras de punta roma y algunos recortes de papel.

Intrigado, Kanner se agachó y tomó el libro en sus manos.

— Mira esto, Bob —dijo. Y Drake, que estaba en la puerta, se acercó.

Al parecer, Betty había recordado de una de las revistas de Zoología de su padre el dibujo que representaba una morsa. Después de recortado, Betty había pegado la figura del animal sobre la gruta de una de las láminas de «La Sirenita».

Pero eso no era todo. La niña había encontrado en alguna parte un rotulador y había modificado el dibujo de la morsa a su capricho. Por ejemplo, le había borrado los largos colmillos, le había dibujado unos rudimentarios pies, unos largos brazos y había afinado la silueta con

gruesos trazos azules.

Y después había escrito al margen con letras grandes y mal alineadas: «H —O —O —N —G —R —Y».

Capítulo 5

Kanner arrancó de un tirón aquella hoja, en el momento en que su esposa se asomaba a la puerta de la estancia.

La plegó y se la guardó en un bolsillo.

— No te muevas de aquí, Olivia —advirtió a su esposa—. Si la niña salió a la calle, es muy posible que numerosas personas la hayan visto. Por lo demás, no puede haber ido muy lejos. La encontraremos, ten confianza. Te llamaré por teléfono en cuanto averigüemos algo.

Olivia se retorció las manos nerviosamente.

— Pero, Artie... ¿no puedo esperar aquí sola, con la angustia de ignorar qué puede haberle ocurrido a mi pequeña Betty! —se desesperó ella.

— Tiene razón —opinó el doctor Drake—. No es el momento adecuado para que Olivia se quede sola. Dejadme pasar. Voy a llamar por teléfono a Jenny. Mi esposa vendrá a hacer compañía a Olivia.

— Muy bien —admitió el jefe de policía—. Mientras tú llamas, Jeff y yo echaremos una ojeada al jardín y al camino que pasa por detrás.

Salieron por la cocina y atravesaron el jardín. A la luz de las linternas que portaban, registraron cuidadosamente los setos, rocallas y macizos de plantas ornamentales. Después, Kanner descorrió el cerrojo de la cancela y salieron al camino posterior, que era utilizado por el camión del servicio de recogida de basuras y aparecía completamente enfangado.

Caminaron unos cien metros en uno y otro sentido. Kanner buscaba huellas recientes sobre el barro, huellas de pequeños pies como los de Betty. Pero no hallaron nada parecido, por lo que volvieron a la casa a través del jardín.

Jenny Drake llegó poco después.

— He dejado a Jim con su abuela —anunció a su esposo—. Podéis marcharos. Yo me ocuparé de Olivia.

Afectuosa, pasó un brazo por encima de los hombros de la señora Kanner y se la llevó a la cocina para prepararle una infusión tranquilizadora.

Entretanto, Drake, Kanner y su ayudante, salieron a la calle y se metieron en el coche.

Jeff conectó la radio y se comunicó con Gambler, que estaba ya en el puesto de policía.

—¿Nada, Russ?

— Sin novedad, Jeff. He visto a Anthony Culp en el restaurante de enfrente. Se me ocurre que podía enviarle un recado. ¿No sería aconsejable dar la alarma a través de la radio? Pregúntaselo al jefe.

Kanner, que estaba escuchando, negó con la cabeza.

— Nada de alarmas —resolvió—. Ya he molestado bastante a mis conciudadanos. Espero que encontremos a Betty enseguida.

Jeff cortó la comunicación y Kanner aceleró y separó el automóvil de la acera.

—Vamos a recorrer las calles, sin prisas —anunció—. Partiré del extrarradio e iré describiendo una espiral, de modo que nos acerquemos paulatinamente al centro.

Recorrió la calle y se dirigió hacia el norte, a lo largo del camino asfaltado llamado Parents Row. De allí a Chiff Circle y a la zona Oeste, hasta volver prácticamente al mismo lugar. Así transcurrió una hora.

Advirtieron que las calles estaban desiertas, pero los establecimientos de bebidas alcohólicas aparecían llenos y que apenas circulaban unos pocos automóviles. De esta forma, llegaron al centro y el coche se detuvo en la comisaría.

Gambler no tenía novedades. De modo, que los tres hombres volvieron al coche, dispuestos a continuar el patrullaje.

A medida que transcurría el tiempo sin obtener noticias de su hija, la tensión interior se hacía ostensible en los ademanes del jefe Kanner. Sus facciones estaban tirantes, sus manos se crispaban, rígidas, sobre el volante y todo en él traslucía el nerviosismo y la angustia.

Al cabo de media hora, Kanner conducía tan descuidadamente, que Jeff se ofreció para tomar el volante, a lo que el jefe de la policía accedió sin hacer ningún comentario.

Rodando por la avenida fabril de la zona Oeste, llegaron al sur. Al cruzar el camino del cementerio, Kanner gritó a Jeff:

— ¡Entra por ahí!

Pero a lo lejos brilló la luz destellante de un auto-patrulla. Debía ser el automóvil que conducían Dougherty y Ted Pinchard. Comprendiéndolo así, Kanner dijo a Jeff que diera la vuelta y continuara hacia el Este.

Acababan de volver hacia el centro, cuando comenzó a destellar el testigo de la radio. Fue Kanner quien tomó el micro de un manotazo.

—Jefe Kanner al habla. ¿Qué ocurre Dougherty?

Sucedió un lapso de silencio. Al cabo, se oyó la voz chillona de Dougherty.

—Jefe, nos dirigimos a la comisaría. Llevamos con nosotros a Jack «Pimp» Connors y un jovencito que se llama Steve Bollard. Espérennos en comisaría. Creo que Connors tiene una historia interesante que contar. Cortó.

Kanner conocía a Jack «Pimp» Connors. Era un conocido homosexual, comerciante de profesión, aficionado a dar largos paseos en automóvil con jóvenes bien parecidos.

No podía sospechar a qué clase de «historia» se refería Dougherty, pero Kanner viró a la derecha y frenó ante el recién construido edificio de la comisaría, que apenas llevaba funcionando como tal unos meses.

Aguardaron impacientes.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando el auto-patrulla con el que prestaban servicios Dougherty y Pinchará frenó espectacularmente ante comisaría.

Primero entró Connors haciendo dengues, pues sus cabellos rizados se habían mojado. Después, los policías hicieron pasar al joven Bollard, cuyas facciones tenían un sospechoso tono rojizo.

— ¡Quiero ver a mi abogado! —escandalizaba Connors, gesticulando grotescamente—. ¡Como ciudadano norteamericano, tengo derecho...! Pero el jefe Kanner le dirigió una mirada más fría que el hielo y le ordenó sentarse con un ademán perentorio.

— Explícate, Dougherty —pidió Kanner a su agente.

— Estaban haciendo manitas, dentro del coche de Connors, estacionado en el camino del cementerio. En realidad, no les hubiéramos molestado demasiado, pero nos detuvimos para preguntarles si habían visto a una niña. Y en malidad, sí, creo que la vieron.

— ¿Es cierto? —preguntó Kanner al homosexual.

— Bueno, sí. Fue hace poco menos de una hora... La niña pasó rozando el coche y nos... interrumpió —las orejas del joven Bollard alcanzaron el tono de las cerezas maduras—. Iba canturreando, camino adelante. La vimos perfectamente, pues encendí los faros para que no pudiera reconocernos.

—¿Cómo era? —preguntó Kanner, ansioso.

Connors movió las manos con femenina elegancia, dibujando una silueta en el aire.

— Rubita, esbelta, con un vestido a lunares y los cabellos recogidos en «cola de caballo» con una cinta azul —respondió.

El rostro del jefe de policía se animó.

— ¡Es ella! Dougherty, Pinchará —exclamó—: Volved al coche y

dirigios al cementerio. Nosotros vamos detrás de vosotros.

Los policías se dirigieron a la calle. Jeff, el doctor Drake y Kanner les siguieron atropelladamente.

— ¡Jefe! —gritó Gambler—, ¿Qué debo hacer con estos dos? — señalaba a Connors y a su jovencísimo amiguito.

— Déjalos marchar. Tal vez tengan intención de seguir haciendo manitas bajo la lluvia —respondió Kanner, furioso.

Y saltó hacia el coche, que le esperaba con la portezuela abierta y Jeff Garey al volante.

Diez minutos después, los dos automóviles chapoteaban sobre el camino de tierra completamente encharcado.

Llegados ante la entrada al camposanto, Kanner bajó del automóvil. Parecía desorientado cuando ordenó a Dougherty y Pinchard que llevasen su auto-patrulla hasta el extremo de la tapia y aguardasen allí con los faros encendidos y el foco orientable dispuesto.

Inmediatamente, volvió al coche y dijo a Jeff:

— Arranca. Vamos a dar una vuelta al perímetro del camposanto.

Si el camino estaba enfangado, los terrenos que circundaban el cementerio eran un puro barrizal, a través del cual el automóvil patinaba constantemente, se iba de zaga e izquierda y derecha y se enderezaba finalmente bajo las expertas manos de Jeff Garey.

Se aproximaban a la primera esquina del cementerio. Jeff metió la primera velocidad, más apta para transitar por el fango, y torció a la izquierda, siguiendo la alta tapia.

La tempestad arreció. Desde su asiento y a través del cristal parabrisas por el que corrían riachuelos de agua, Kanner vislumbró cómo el vendaval azotaba las ramas de los sicómoros que bordeaban la tapia por su parte interior.

De repente, Kanner dio un grito de aviso:

— ¡Cuidado, Jeff! ¡Esa rama...!

La gruesa rama de un árbol que sobresalía por encima del muro se desgajó con un seco crujido y cayó a tierra.

Jeff frenó a pocos pasos del obstáculo y el coche aún patinó un par de metros sobre el fango.

— ¡Maldita sea! —rugió Jeff, furioso—. Mucho me temo que nos hayamos atascado. De todas formas, intentaré...

Bob Drake, que había bajado el cristal de la ventanilla posterior, gritó:

— ¡Espere! Me parece que he visto algo... alguien...

Abrió la portezuela y saltó afuera.

Kanner le imitó. Por encima del zumbido de la tempestad, gritó:

— ¿Qué diablos haces ahí, Bob?

Corrió a su lado. Drake estaba intentando escalar la tapia, cuando el jefe de policía tiró de él.

—¿Estás loco? ¿Qué bicho te ha picado? —chilló.

— ¡La rama no se ha desgajado sola! —respondió Drake, en el mismo tono — . Había alguien en el árbol. Por eso se rompió la rama. Vi un cuerpo oscuro, como una sombra, saltar sobre la parte superior de la tapia. E inmediatamente, desapareció... ¡Eso es lo que trataba de hacer! ¡Interceptar al intruso! Pero tú lo has impedido...

Kanner se pasó un pañuelo por la cara, que chorreaba de agua.

— ¿Estás seguro? ¡Yo no vi nada!

— ¡Tú viajabas en la parte de la derecha, pero yo estaba más cerca de la tapia, Y no voy a repetirte lo que vi —gruñó Drake, malhumorado.

Entretanto, Jeff pugnaba por sacar el coche del barrizal. Las ruedas giraban vertiginosamente en el lodo, y el coche progresaba un poco hacia adelante, pero iba hundiéndose progresivamente en el fango. Hasta que, de pronto, Jeff metió la macha atrás, aceleró y el coche arrojó surtidores de fango sobre los dos hombres que aguantaban la lluvia en el exterior y el automóvil rebotó finalmente, fuera de los agujeros que los neumáticos habían profundizado en el blando piso.

Kanner parecía desorientado.

¿Qué hacer? lo que menos le importaba ahora eran los posibles profanadores de tumbas que demostraban un interés desmesurado por el cementerio de Greensville. Lo que de verdad le interesaba era encontrar a Betty, hallar a su desvalida hijita antes de que... Antes de que ocurriese algo irreparable.

Comprendiendo su confusión, Drake puso una mano sobre su mojado hombro.

— Escucha, Artie: tenemos que hacer las cosas bien. Sé lo que estás pensando. Dar la vuelta, despertar a Gribbs y registrar el cementerio, ¿no es eso? —Kanner asintió con un movimiento de cabeza y de su cabeza se desprendieron hilillos de agua — . Pero si nos alejamos los tres, los tipos que están dentro del recinto podrían escapar por esta tapia. Así es que lo mejor es que tú rodees el recinto y alertes a Gribbs. Jeff y yo montaremos guardia aquí, con los faros encendidos. Vigilaremos este muro. Jeff tiene una metralleta, así que no te preocupes por nosotros.

— Está bien. Dile a Jeff que separe unos metros el coche de aquí, de modo que los faros iluminen mejor la tapia en sentido oblicuo. No se te ocurra escalar la tapia. Dougherty y Pinchard podrían tomarte por un merodeador y...

— De acuerdo. ¡Ve! —le animó Drake.

Kanner sacó una linterna, chapoteó aprisa sobre el cenagal, rodeó la tapia y se acercó a la cancela de entrada al cementerio.

No fue necesario que alborotara para hacer venir a Gribbs. La familia entera permanecía alerta, después de escuchar los escapes de los automóviles policiales y vislumbrar las luces de sus faros que brotaban por encima de las tapias.

Gibbs, con una lámpara en la mano, se acercó a la cancela, seguido de su hijo, Tab, un muchacho espigado que se cubría con un impermeable de plástico.

—¿Qué ocurre, jefe? —se escandalizó el pobre hombre — . Se diría que el cementerio de Greensville se ha convertido en el refugio de todos los locos del Estado. Hemos oído unos disparos, gritos...

— ¿Disparos? —se extrañó Kanner.

En ese momento se volvió bruscamente, al escuchar el rumor de una carrera precipitada. Tenía el revólver empuñado, cuando reconoció a Pinchard, que llegó jadeante hasta él con una metralleta entre las mojadas manos y el rostro visiblemente alterado.

— Dougherty... Dougherty está... muerto —boqueó el agente—. Le acabo de encontrar, cuando volvía de echar un vistazo a... a la tapia en toda su extensión, hasta... la esquina. Tiene... el cuello... destrozado... roto.

Capítulo 6

Otra loca carrera bajo la lluvia hasta el extremo de la tapia frontal del camposanto.

A Kanner le zumbaban las sienes y un furor profundo se iba incubando en su pecho.

Mientras corrían, Ted Pinchard le iba explicando, a retazos, el

preámbulo de la tragedia.

— Dejamos el coche en la esquina... como usted dijo... Dougherty adivinó que ustedes se disponían a... recorrer el recinto. Y dijo... que bajase y echase una ojeada al muro... Hice lo que me indicaba, con el arma en la mano... No oí nada... El viento zumbaba fuerte... Pero vi las luces de su coche por encima del... siguiente tramo del muro... En la esquina, vi los esfuerzos que hacían por sacar el coche del barrizal... aunque había una rama desgajada que... me impedía ver con... claridad... No sabía qué hacer... Si reunir-me con ustedes o... retroceder para volver con Dougherty. Finalmente... me decidí por esto último. Dougherty yacía sobre el barro... Me quedé helado de espanto... Su rostro, lívido, tenía una expresión horrible. Pero... ahora mismo lo verá...

Calló, asfixiado.

Pero ya llegaban junto al coche-patrulla que expandía su luz clara bajo la copiosa lluvia.

Dougherty yacía sobre el fango a unos metros de distancia.

Yacía boca arriba, con la cabeza torcida en un ángulo inverosímil. Sin necesidad de tocarlo, Kanner comprendió que aquel hombre estaba muerto. Su cuello estaba roto.

La lluvia penetraba a través de su boca abierta y el fango ensuciaba sus cabellos. Sus ojos desorbitados y sus facciones crispadas reflejaban el pánico. La visión era tan impresionante, que Kanner desvió la mirada, aterrado.

Mientras Pinchard aguantaba estoicamente bajo la lluvia, Kanner volvió bruscamente al coche, conectó la radio, esperó unos segundos a que se calentara y llamó a comisaría.

— ¿Gambler? Envíe la ambulancia del dispensario al cementerio. Dougherty acaba de morir... ¡Por Dios santo, Gambler, no pregunte ahora cómo ha sucedido! Escúcheme con atención: llame por teléfono a Tob Hanker y dígame que disponga una patrulla de hombres avezados... Sí, sí, deben venir aquí cuanto antes. Estaremos esperando. Haz venir al juez Paddington.

Resopló con fuerza, salió fuera del coche y buscó su pañuelo, que se empapó completamente tras enjugarse el rostro y los cabellos.

Pinchard se aproximó a él. El joven policía apretaba la culata de su metralleta, protegida por el capote, como si le fuese la vida en ello.

En realidad, se sentía aterrado. Tanto como el propio Kanner, aunque hiciera un esfuerzo enorme por imponerse al pánico.

—Jefe, estoy asustado —confesó Pinchard — , Y me siento culpable de la muerte del pobre Dougherty... Yo estaba a poco más de cincuenta metros de aquí y... ¡ni siquiera me enteré de lo que estaba ocurriendo! Parecía a punto de perder el ánimo, a un paso de las lágrimas. Por eso, Kanner bramó furioso:

— ¡¡Calla!! Tú no eres culpable, nadie es culpable —volvió a pasarse el pañuelo por el rostro y gruñó—: ¡Maldita lluvia, maldita noche, maldito el tipo que cayó sobre Dougherty y lo...!

Calló. También él empezaba a perder el control de sus sentimientos.

Por fortuna, un momento después brillaba en la lejanía la luz intermitente de una ambulancia. El vehículo frenó junto a ellos y la luz de sus faros se descompuso en algo parecido a un artificial arco iris.

Detrás de la ambulancia, llegó el «Lancia» del juez Paddington. Y enseguida los tres coches todo-terreno en que llegaban Tob Hanker y sus exploradores.

Kanner dio una rápida explicación al juez y Paddington autorizó que el cadáver fuera levantado. La ambulancia se alejó bajo la lluvia sin hacer sonar su sirena.

—¿Cuál es la situación, Artie? —preguntó el decidido Tob Hanker, que dirigía una patrulla de rescate formada por veteranos voluntarios.

— No sé si encontraremos a uno o varios individuos dentro del cementerio, Tob. Quizá no hallemos a nadie. Pero una cosa es cierta: el asesino de Dougherty estaba ahí, en el cementerio. De modo que vamos a entrar... El doctor Drake y Jeff Garey están montando guardia al otro lado de la tapia del fondo... Creo que lo más urgente es rodear todo el recinto. De modo que distribuye a tus hombres alrededor del muro, colocad vuestros coches de forma que la tapia quede perfectamente iluminada por los faros e informad a Jeff y a Drake de lo que nos proponemos hacer. Una cosa: si hay alguien ahí dentro — señaló con un ademán brusco el cementerio—, no debe escapar. Si véis aparecer a alguien por encima del muro, dadle el alto y si no obedece... disparad.

— De acuerdo —asintió Hanker. Y se reunió con sus hombres para darles instrucciones. Inmediatamente, los automóviles abandonaron el camino y fueron a distribuirse alrededor del cementerio.

Kanner rechinaba los dientes cuando caminó aprisa hacia la entrada del camposanto, seguido a pocos pasos por Ted Pinchard.

Gribbs, cansado de esperarle, había vuelto a su vivienda, sin duda. Pero Kanner golpeó la cancela con el cañón de su revólver y al cabo se vio a alguien que se aproximaba con un potente farol en la mano. Era Gribbs.

— Abra. Hemos de registrar el cementerio —ordenó el jefe de policía con un tono que no admitía réplica.

Gribbs obedeció, haciendo aspavientos.

— ¡Caray con el cementerio! —le oyeron rezongar Kanner y Pinchard

— ¡Y pensar que a esto le llaman «lugar de reposo eterno»!

En voz alta, preguntó:

—¿Debo... acompañarles?

— No es necesario. Déjenos un par de faroles como ése y enciérrese en su vivienda con su familia.

Gribbs obedeció de buena gana. Un momento después, Tab le traía los faroles.

Avanzaron despacio a través del camino central que, aunque lleno de charcos, estaba bien apisonado. Iban registrando cada tumba, cada mausoleo, los cuarteles de nichos que se alineaban hacia el fondo.

Se sentían en vilo, tensos los músculos, dispuestos los sentidos... De repente, oyeron un grito a sus espaldas.

— ¡Kanner!

Se volvieron, muy nerviosos, y vieron venir a alguien que portaba un farol a gas semejante a los que ellos llevaban.

Cuando se acercó un poco, reconocieron al juez Paddington, embutido en un impermeable y absolutamente decidido a acompañarlos.

— Está bien, venga. Pero procure cerciorarse de que pone los pies en el lugar adecuado. Podría caer a una de esas fosas abiertas al margen del sendero —advirtió Kanner.

Siguieron adelante, separados unos metros entre sí. Aguantaban estoicamente el aguacero y perdían demasiado tiempo en registrar cada enterramiento, cada fosa abierta, cada seto, el osario...

A veces, para comprobar un mausoleo más lujoso, se veían obligados a abandonar los senderos y en varias ocasiones se hundieron hasta los tobillos en el cieno.

Por encima de las tapias, los faros de los automóviles que rodeaban el cementerio arrojaban hacia las alturas torrentes de luz, pero el fondo del camposanto quedaba en sombras que sólo se alejaban cuando la luz fuerte de los faroles se acercaba.

Había numerosas señales sobre la tierra esponjosa y húmeda. Huellas de bordes irregulares, muy profundas.

También hallaron huellas de barro cuando llegaron al ángulo oeste, en cuya parte exterior había hallado la muerte el infeliz Dougherty.

De repente, Kanner asió a Paddington por un brazo y le detuvo.

— ¡Escuchen! —susurró.

Pinchard, que también acababa de detenerse, puso su farol en el suelo y les miró extrañado, de hito en hito.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Kanner le hizo callar con un siseo perentorio.

Escucharon con toda atención.

— Me pareció oír a alguien que... sollozaba o... cantaba — explicó Kanner, perplejo—. Quizá me confundí con el zumbido del viento.

Reanudaron la marcha enseguida. La intensidad de la lluvia había cedido un poco y el viento huracanado había degenerado en rachas aisladas que soplaban de cuando en cuando, arrastrando las gotas de

llovía.

Habían registrado más de la mitad de la extensión del camposanto y jadeaban por el esfuerzo de arrastrar las botas completamente incrustadas de barro.

De improviso, Paddington les impuso silencio.

— ¡Chisst! Me ha parecido escuchar algo. No me hagan mucho caso, pero juraría que se trataba de la voz de una niña —dijo.

Completamente inmóviles, aguardaron una vez más.

Y entonces el sonido llegó nítidamente a ellos.

Ni Kanner ni Paddington se habían equivocado. Lo que sonaba era la voz de una niña, que canturreaba entre dientes.

— ¡Dios Todopoderoso! —murmuró Kanner, con el rostro descolorido—. Yo juraría que... es la voz de mí hija.

Corrió como un loco hacia adelante, guiándose por aquel canturreo monótono. Profundamente impresionados, Pinchard y el juez Paddington siguieron sus pasos.

En su loca carrera, Kanner notó que su pie derecho se hundía en el fango. Al torcerse la pierna sin poder extraer el pie atrapado en el lodo, perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

Logró incorporarse. Completamente manchado de barro, escupió asqueado, frotó sus manos sucias en los propios vestidos y prestó atención a los sonidos que le habían guiado hasta allí.

A unos diez metros de distancia se erguía el mausoleo de Edna Malone.

¡Y la voz infantil volvió a canturrear en aquel momento!

Loco de ansiedad, Kanner arrastró sus piernas en aquella dirección.

Pero un escalofrío de horror le agitó por entero cuando descubrió que la pesada losa del enterramiento se encontraba apoyada sobre la fosa.

Se detuvo de repente, temeroso de mirar. Pero cuando Pinchard y el juez Paddington se aproximaron portando sus faroles, Kanner aspiró hondo y avanzó los últimos pasos hacia el profanado mausoleo.

El féretro de Edna Malone había sido abierto brutalmente. Dentro de él, completamente manchada de lodo y dando vuelta entre sus manos a una pelota de barro, Betty Kanner canturreaba entre dientes.

— Es peor que la locura —murmuró Kanner entre dientes—, Es insoportable, inhumano y cruento...

Sus rodillas se doblaron. Exhausto y vencido por el pánico y la angustia, cayó de rodillas y apoyó las manos en el marco de la fosa.

Entretanto, Pinchard y Paddington extraían del féretro a la niña.

— El ataúd está vacío —observó Paddington con voz ronca — . ¿Dónde está el cadáver de Edna Malone?

* * *

Una cura de sueño de tres días, he ahí la solución.

Durante más de setenta y dos horas, Bob Drake le había mantenido dormido artificialmente.

Pero lo cierto era que ahora Artie Kanner había vencido a los nervios y a la desesperación.

La tensión había desaparecido, pero ahora el jefe de policía de Greenville se sentía dominado por la depresión y el hastío.

Bob Drake trató de animarlo.

— Vamos, Artie. Ya sé que has sufrido mucho. Pero no puedes abandonarte al desánimo. Olivia y Betty están a salvo en Dow Rivers, perfectamente atendidas por tu cuñada. Y tus policías, a pesar de la honda impresión que les causó el asesinato de Dougherty, han reaccionado y se ocupan de tranquilizar a la gente y mantener el orden. ¿Vas a ser tú menos que ellos? —le instó el médico.

Una vorágine de ideas encontradas bullía en el cerebro de Artie Kanner.

— No logro entenderlo —dijo en voz baja, introspectiva—. Greenville era un paraíso hace poco. Gente sencilla, trabajadora y honesta. No había problemas insolubles y la vida era placentera. Y de pronto... Se diría que el Infierno ha enviado su soplo maligno sobre nuestra ciudad.

— Esa es una frase muy literaria, Artie —respondió Drake—. Reconozco que nos hemos visto azotados por una serie de sucesos inquietantes, pero podemos superar esta situación con voluntad y tesón. Imagino que todo lo que ahora nos parece inexplicable, debe llegar a un desenlace lógico.

Kanner se irguió en el lecho.

—¿Dónde está la lógica? —exclamó—. Mi hija, una subnormal no profunda, recuperable según los especialistas... Una niña que se había mostrado hasta ahora sumisa, cariñosa y con ánimo de superación, comienza de pronto a comportarse de una forma inquietante...

Calló. Drake no se atrevió a hacer ningún comentario.

— Dime, Bob. ¿Por qué escapó de casa..., cómo consiguió penetrar en el cementerio? ¡Estaba allí, jugando y canturreando como si tal cosa... dentro de un féretro vacío, que debía contener el cadáver de Edna Malone, cadáver que aún no ha sido hallado! Jugaba en la oscuridad... ¿cómo es posible tal cosa? Verdaderamente, en mi caso la locura estaría justificada. Y sin embargo, no estoy loco. Sólo que... la depresión no me permite moverme de aquí.

Drake se volvió desde la ventana.

Vaciló un momento. ¿Estaría el ánimo de Kanner dispuesto para asimilar lo que Drake sabía?

Finalmente se decidió. Kanner era un hombre de espíritu fuerte. Resistiría.

Se sentó en el borde del lecho y alzó la mirada hasta su amigo.

— Creo que debes saber algunas cosas, Artie... Cuando Paddington logró separarte de la tumba de Edna Malone, Pinchard corrió a buscarme. Habían llevado a Betty a la vivienda de los Gribbs, la habían adecentado un poco y la habían cambiado de ropa. Pregunté a Betty cómo había logrado llegar hasta allí. ¿Sabes qué respondió?

Kanner le miró con ansiedad.

— ¿Qué?

— Dijo: «Hoongry» me guió hasta aquí.

— ¡Hoongry! ¡Maldita sea el alma de ese engendro! —exclamó Kanner, excitadísimo.

—Vamos, cálmate. No llegaremos al final de este asunto si no es a través de la reflexión. Para ello es preciso mantener la mente fría —opinó el médico.

Artie hizo un esfuerzo por serenarse.

— Está bien, sigue.

— Intenté saber si ese Hoongry la había estado esperando cerca de vuestra casa, para llevarla al... cementerio. Pero no era así al parecer. Betty dijo algo que me dejó estupefacto. Dijo exactamente: «Hoongry habla dentro de mi cabeza. El se comunica conmigo cuando le place. Y esa tarde, Hoongry me dijo: 'Ven' y me guió hasta ese lugar que vosotros llamáis cementerio.»

Kanner escuchaba a Drake con profunda atención.

—¿Quieres decir que Hoongry se comunica con la niña telepáticamente? —preguntó, asombrado.

— No quiero decir nada. Sólo repito las palabras de Betty. Cuando le pregunté por qué Hoongry la había llevado a un lugar tan desagradable en una noche lluviosa y desapacible, ella respondió que a Hoongry le gustaba estar en su compañía. Pero no conseguí nada cuando pregunté a Betty qué era lo que hacía Hoongry en el camposanto. Sólo dijo, irritada: «Sois malos, habéis venido a molestarnos. Vosotros queréis matar a Hoongry porque no es como nosotros. Y le habéis obligado a huir.»

— ¡Dios mío! —se lamentó el jefe de policía—. Creo que Betty ha empeorado, que ha vuelto atrás mentalmente. ¿Crees que su mente pueda estar enferma?

Drake denegó con un movimiento de la cabeza.

— No sólo no creo en esa regresión mental, sino que he comprobado que se está operando un cambio en ella. Un cambio positivo, quiero decir. Habla con mayor soltura, construye correctamente las frases e incluso demuestra algún progreso intelectual.

—¿Cómo es posible?

— No lo sé. Pero no te miento. Incluso Olivia ha percibido ese cambio favorable —respondió Bob.

De repente, Artie Kanner echó las largas piernas fuera del lecho.

— Dame mis ropas, Bob —pidió.

Drake se incorporó vivamente.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No estabas tratando de hacerme reaccionar? ¡Pues ya lo has conseguido! Tengo que volver al trabajo, a la investigación, a poner en orden todo lo desordenado y a resolver tantas preguntas como se formulaban obsesivamente en mi cerebro. No puedo hacer nada de eso si continúo pasivamente en el lecho — respondió.

Drake asintió, complacido.

— Muy bien —aprobó—. Así irán mejor las cosas.

* * *

—Oiga, jefe: las personas que registraron el cementerio se equivocaron —dijo Tañe Gribbs.

—¿Cóoomo? —exclamó Kanner.

— Digo que se equivocaron. Dijeron que no había nadie en el cementerio. Y no es verdad... Verá: no quise decírselo a nadie, pero ahora que usted está ya disponible, no quiero callar lo que sé.

— Está bien, diga —pronunció Kanner, expectante.

Gribbs se pasó una mano por los labios y dijo:

— Fue a la mañana siguiente. Varios funcionarios del ayuntamiento llegaron al cementerio para llevar a cabo una inspección de los cuarteles 4 y 6. Se sacó una escalera rodante y se subieron para revisar los tejadillos. Era muy temprano: poco después de las ocho de la mañana. Los funcionarios llevaron a cabo su función y se marcharon, después de hacerme firmar unos impresos...

— ¿Bien? —murmuró el policía, impaciente—. ¿Qué sucedió?

— Se dejaron la escalera allí y yo fui a recogerla, dada la inseguridad del tiempo. Cuando me acerqué, oí un rumor extraño... No sin cierta aprensión, comencé a subir los peldaños. Imaginaba que alguna rata se habría cobijado de la lluvia en algunos de los nichos vacíos a una altura de unos cuatro metros...

Gribbs tragó saliva. Parecía extraordinariamente inseguro, vacilante.

— Siga —le animó Kanner.

— Pues... alguien se había metido en uno de los nichos -declaró Gribbs—. Pero no era una rata, sino alguien mucho más voluminoso.

— ¿Alguien? —gruñó Artie, impaciente ya por la premiosidad de aquel hombre.

— ¡Es que apenas tuve tiempo de verlo! —exclamó el encargado del cementerio local—. Porque de improviso oí un gruñido y alguien se abalanzó sobre mí y... me empujó tan brutalmente que caí de espaldas y rodé por los peldaños, aunque instintivamente logré afianzarme y atenuar la caída. De todas formas, puede imaginarse el batacazo. Quedé aturdido, en el suelo, y apenas vislumbré una silueta gigantesca

que se alejaba dando saltos. Desapareció tras el cuartel n.º 6, pero yo me puse en pie y medió despertado corrí hacia allá. Cuando llegué a la esquina, vi una silueta oscura que saltaba con increíble agilidad hacia el borde de la tapia y desaparecía al otro lado.

Kanner dejó escapar con fuerza el aire contenido en sus pulmones.

— Pero, vamos a ver... ¿era un hombre o no? —preguntó.

Gribbs se mostró confuso.

— Si quiere que le dé mi opinión, jefe, a mí no me pareció un hombre. Quiero decir un ser humano.

—¿Era... algo semejante a un gorila? —insistió el jefe de policía.

Gribbs vaciló.

—Quizá. Era de color oscuro, casi negro. Tenía piernas... y unos largos brazos... El tronco era desproporcionado, mucho más ancho y voluminoso que las extremidades inferiores... Además, había algo raro en sus movimientos, como una especie de rápido balanceo sobre las caderas, no sé si me entiende, jefe...

— ¡Siga, siga!

— Poco más puedo decirle. Sólo que esa bestia era más alto que usted y sumamente corpulento pues me despidió salvajemente cuando pretendía huir, cosa que consiguió, como le he dicho...

Tragó saliva, se pasó la lengua por los secos labios y añadió, vacilante:

— Si le digo la verdad, a mí no me pareció un hombre, pero tampoco un gorila —sonrió, nervioso, al no encontrar las palabras justas para explicarse y se disculpó con un encogimiento de hombros—. Claro que podía ser un hombre. Un hombre... disfrazado.

* * *

— ¿Qué ocurre? —preguntó el doctor Drake—. ¿A qué se debe todo ese revuelo, Artie?

Kanner se separó de la ventana de su despacho.

—Tane Gribbs se emborrachó anoche —comentó, con reproche—. Le aconsejé que guardase en secreto el incidente que él mismo protagonizó en relación con el merodeador que ¡permaneció oculto toda la noche en uno de los nichos... Pero el alcohol debió desatar su lengua y... ahora todos conocen lo que ocurrió en el cementerio. Imagino que la gente se siente excitada e insegura. Ya has visto lo que ocurre por las noches: nadie asoma la nariz fuera de sus casas y los establecimientos públicos cierran poco después de las nueve...

Apagó rabioso el cigarrillo en un cenicero de cristal y se volvió hacia el médico.

— Anoche, cuando regresaba a casa, me di cuenta de lo desolada que parecía nuestra ciudad sin el habitual bullicio callejero... Luego cuando llegué a mi casa, vacía, me sentí tan sólo que estuve bebiendo hasta las dos de la madrugada. ¡Sí, ya sé! —exclamó rápidamente—.

Todo sea por la seguridad de Betty y mi esposa. Ellas están mejor en Dow Rivers. Las llamo por teléfono varias veces al día. Olivia dice que la niña está muy bien, y que se divierte mucho con su tía... Pero en Greenville la tensión sube de día en día... ¡Hay tantas cosas indescifrables! La gente se hace preguntas que nadie responde. Y empieza a cundir el pánico. No sé — separó las manos en un gesto de desaliento—, pero empiezo a pensar que la situación se me está yendo de entre las manos.

— Tú haces todo lo que puedes, pero no eres Dios —le justificó Drake, con gran sentido de la solidaridad.

— Estuve hablando con Andrew Mann, e incluso con el gobernador del Estado. Pensé que mi obligación era informarles acerca de los acontecimientos en Greenville. Pero ellos no demostraron comprender el problema. El Gobernador dijo que si se había cometido una profanación en el cementerio y el asesinato de uno de mis agentes, sólo había que capturar a los culpables. ¡Así de fácil...! —se lamentó Kanner.

— Está bien. ¿Quieres sentarte, Artie? Creo que tenemos que hablar seriamente —dijo Bob, de repente.

Kanner le dirigió una mirada incierta, pero obedeció. También Drake arrojó una silla a la mesa y se acomodó en ella. Apoyó los codos en la mesa y alzó sus expresivas y blancas manos.

— Tengo entendido que has montado una vigilancia permanente en el cementerio —dijo.

— ¡He hecho tantas cosas en los últimos días! Desde rastrear todo el término de Greenville, en busca del cadáver de Edna Malone, hasta detener a docenas de sospechosos... que finalmente he tenido que poner en libertad...

— Pero esa vigilancia en el cementerio está justificada porque tú esperas que los que robaron el cadáver de Edna (porque parece seguro que fueron varios), volverán de nuevo, ¿no es cierto?

— Sí —asintió Kanner—, Algo me dice que volverán. Y he dado orden a mis agentes y a los voluntarios de la guardia nacional, que disparen a dar contra cualquiera que intente penetrar en el cementerio subrepticamente. Sé que es una medida dura, pero justificada por la gravedad de las circunstancias.

— Bien. No me parece mal lo de montar una guardia allí..., pero yo creo que la solución está en el lago Kachapi — declaró el médico.

— No acabo de comprenderte —respondió el policía, muy confuso.

— Verás, Artie. A veces pretendemos que nuestro cerebro sea una simple caja cerrada y funcional al estilo de un ordenador electrónico. Se le mete una tarjeta perforada y se extrae fácilmente el resultado apetecido. Sólo que la mente humana debe ser más libre, independiente y flexible. Y, por encima de todo, aceptar todas las

posibilidades, por descabelladas que pudieran parecer.

— Sigo sin entenderte.

— Pues es fácil. Tú y yo centramos nuestra atención instintivamente en el lago Kachapi. Allí había un misterio... y sigue habiéndolo.

Hizo una pausa para captar la atención de su amigo y añadió:

— En una palabra, creo que el responsable de todas tus preocupaciones es el monstruo del lago Kachapi.

— ¡Ah, vamos! —estalló el policía — . Volvemos a las viejas sagas. Pero, dime, Robert Drake, tú, un profesional, un médico prestigioso, ¿puede admitir la existencia de un ser monstruoso en las aguas del lago Kachapi? ¡Es absurdo!

— ¡No tiene nada de absurdo! —se encrespó Drake—. Y tú sospechas lo mismo que yo. Sólo que pretendes cerrar tu mente a todo lo que no comprendes. No sólo creo en la existencia de un monstruo, sino de varios, muchos.

Kanner sonrió, irónico. Pero Drake volvió a la carga.

— No puedes olvidar las respuestas de Betty, Artie. Hoongry sólo comía carne cruda, no hablaba, sino que apenas decía «hung-hung», poseía proporciones gigantescas, no era como nosotros, ¿recuerdas? — observó el efecto de sus palabras a través de los diversos cambios de expresión del rostro de Kanner y siguió—: Betty rectificó el dibujo de una morsa, Artie. Confirió al cuerpo del animal una cierta silueta humana... Borró los largos colmillos de la morsa, le dotó de piernas y brazos y escribió al margen: «Hoongry». Creo que estaba tratando de retratar de alguna forma a Hoongry...

— ¡Pero sería el retrato de un ser monstruoso, abominable! Y según hemos deducido, Hoongry es una criatura inteligente, capaz, al parecer, de dar órdenes telepáticas a la niña — opuso Kanner.

—¿Lo ves? Tú lo has dicho: retrato de un ser monstruoso. Puede ser que ellos tengan ese aspecto. Y nosotros nos resistimos a la idea de admitir que puedan existir seres inteligentes que no sean idénticos a nosotros —expuso Drake con gran calor.

Kanner ocultó el rostro entre las nerviosas manos.

—Tal vez lo que estás diciendo sea cierto, pero es horrible. Verdaderamente, no puedo creerlo, Bob —murmuró, turbado. Y repitió—; ¡No puedo creerlo!

Capítulo 7

Kanner permaneció en su despacho hasta las once de la noche. ¿Para qué quería darse prisa en volver á casa? El hogar no era nada sin la presencia entrañable y viva de su esposa y su hija.

Poco antes de abandonar la comisaria, Kanner se comunicó por radio con Gambler, jefe de los vigilantes del cementerio.

No había novedad. En las proximidades del cementerio, todo estaba en orden.

Kanner se despidió de Jeff Garey, que haría la primera mitad de la guardia nocturna en comisaría, y se marchó.

Condujo lentamente hacia su casa.

La ciudad, silenciosa, desierta, ofrecía un aspecto desolador.

No vio a un solo transeúnte y tampoco se cruzó con ningún vehículo.

La ciudad parecía muerta.

No había llovido durante todo el día y las calzadas estaban secas, pero en aquel momento comenzó a lloviznar.

Kanner se sentía tan triste que conectó la radio para espantar sus sombríos pensamientos.

De repente, oyó pronunciar la palabra «Greenville» y aumentó el volumen.

-... hasta donde llega la cola de la gran presa Big Indian, en la que según el último boletín informativo se ha producido una pequeña grieta. El ingeniero de mantenimiento de la presa y central hidroeléctrica, H. Maxwell, asegura que la grieta no afectará a la seguridad del dique, pero las autoridades han decidido evacuar las poblaciones de Fastfalls, Keneth y Petertown, que podrían resultar anegadas si la presa Big Indian se rompiese. A continuación, músicaailable...»

Kanner no quería pensar en Kachapi Lake ni en los monstruos que Drake suponía pululaban en sus profundidades. Esa noche sólo quería dormir.

Poco después, se apeaba del coche y penetraba en su casa.

Dio a las luces, cerró la puerta con el cerrojo de seguridad, se despojó del chaquetón y echó un vistazo a través del gran ventanal del salón. Comprobó que la lluvia arreciaba y corrió las cortinas.

No penetró en la alcoba matrimonial, ni siquiera echó un vistazo a la habitación de Betty, porque temía que el ambiente de aquellas estancias influyera negativamente en él. Desde que Olivia y la pequeña marcharan a residir temporalmente en Dow Rivers, Artie Kanner dormía en el pequeño dormitorio reservado a los invitados.

Conectó el televisor, se sirvió un whisky con soda y trató de centrar su atención en una vieja película del Oeste.

Pero enseguida se aburrió y desconectó el aparato. Encendió un cigarrillo, bebió, oyó el rumor de la lluvia en el tejado y se arrellanó en un butacón.

No intentó prepararse una cena. Apenas había comido un par de bocadillos a lo largo del día, pero no tenía el menor apetito.

Finalmente decidió irse a la cama.

A lo largo de las últimas noches, le había costado gran esfuerzo conciliar el sueño, de modo que tuvo que recurrir a las cápsulas para dormir.

También esta noche se tragó un par de ellas con un sorbo de agua.

Seguidamente penetró en el dormitorio de los invitados, se puso en pijama, se metió en la cama y apagó la luz.

Permaneció por espacio de unos diez minutos despierto. Escuchaba el agradable rumor monocorde de la lluvia, golpeando contra el tejado, que ejercía un bienhechor efecto adormecedor.

Así, poco después dormía profundamente.

Un sueño demasiado profundo, a decir verdad, provocado por las pastillas contra el insomnio.

No escuchó el furioso golpear de la puerta de la cocina, ni el zumbido del viento, ni...

Pero despertó bruscamente cuando algo cayó al suelo y se hizo añicos con gran estruendo. Entonces se incorporó vivamente sobre el lecho y escuchó con atención.

Se asustó.

—¿Un ladrón? —se preguntó, entre las brumas del sueño.

Tomó el revólver del cajón de la mesilla, buscó a tientas las zapatillas y se incorporó, silencioso.

Cuando se aproximó al pasillo, un frío golpe de viento le dio en el rostro. Simultáneamente, se escuchó el chasquido de la puerta de la cocina.

Se relajó de repente.

— ¡La puerta de la cocina! —recordó—. La dejé abierta esta tarde y me olvidé de cerrarla. De modo qué no hay ladrón.

Metió el revólver en el bolsillo de la chaqueta del pijama, volvió por un batín —el viento que penetraba por la cocina cortaba como un cuchillo— y fue a cerrar la puerta de cristal.

La había dejado abierta aquella tarde porque la cocina estaba

impregnada de un olor desagradable. La precipitación de la marcha de Olivia y Betty a Dow Rivers tuvo como consecuencia que la basura quedase en una bolsa, que Kanner hubo de sacar al jardín para ahuyentar el hedor.

Encendió la luz y advirtió que la lluvia había penetrado abundantemente dentro de la cocina.

Cerró la puerta, dejó escapar un suspiro y volvió sobre sus pasos.

Y entonces, un segundo antes de apagar la luz, descubrió aquellas largas huellas de fango sobre el piso.

El cerebro envió un aviso de alerta a los nervios, que se tensaron inmediatamente.

Alguien había estado allí. Algún intruso, sin duda.

El intruso había llegado a través del jardín y de ahí las huellas de barro.

La cuestión era: ¿Estaba todavía el merodeador en la casa, o había escapado ya?

Retrocedió unos pasos para que su sombra no se proyectara sobre el pasillo.

En aquel momento recordó la naturaleza del ruido que le había despertado.

— Un tintineo de cristales. Una botella o cualquier otro objeto de cristal —pensó. Instintivamente, había deducido que aquel objeto se había roto en la cocina, que había caído al suelo a impulso de los portazos.

Pero en el suelo de la cocina no había cristales rotos. Sólo aquellas extrañas huellas de barro.

Advirtió que el ritmo de su corazón se hacía más y más intenso. Porque ahora estaba seguro de que había un intruso en su casa.

¿Qué podía hacer? En el pasillo no había luz, de modo que tendría que recorrer unos siete metros hasta el salón, con la luz de la cocina a la espalda y todas las ventajas de parte del individuo que había penetrado en su casa sólo Dios sabía con qué intenciones.

Optó por apagar la luz de la cocina. Y esperó. Era necesario acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

Lo razonable era pensar que el intruso —un ladrón, sin duda— tendría que alumbrarse en la oscuridad con una linterna, un mechero, unas cerillas, algo, en definitiva. Y en cuanto Kanner distinguiese el menor fulgor...

A través de la puerta de cristal de la cocina penetraba un levísimo resplandor lechoso. Cuando Kanner pudo percibirlo, se puso en marcha hacia el pasillo. Avanzó unos metros. Cuatro largos y silenciosos pasos.

Entonces escuchó aquel jadeo próximo. Una respiración profunda, animalesca, que le espeluznó.

Por fortuna, llevaba empuñado el revólver y estaba dispuesto a disparar a la menor señal de peligro.

Pero no tuvo tiempo de disparar, siquiera.

De repente, su mano izquierda palpó una superficie curva, fría, suave como el terciopelo.

—¿Quién anda ahí? —logró pronunciar en el momento en que retiraba rápidamente su mano.

La respuesta fue un brutal encontronazo que le arrojó rodando por los suelos.

Alguien le pisoteó sin consideraciones. Un cuerpo tan voluminoso que apenas cabía en el pasillo y que se golpeó sonoramente contra el marco de la puerta de la cocina.

Su extraño visitante se precipitó en la cocina y dejó escapar una especie de gruñido estrangulado:

—¡Hung, Hung!

Simultáneamente, Kanner recordó una frase de su hija:

— Hoongry no habla. Sólo hace «hung-hung».

Luego... ¿Hoongry, se trataba de Hoongry?

Aunque se sentía dolorido se incorporó de un brinco y dio al interruptor de la luz de la cocina al tiempo que buscaba el revólver en el suelo, pues había escapado de sus dedos después del brutal encontronazo.

La luz, como casi todos los tubos fluorescentes, tardó unos segundos en lucir.

Entretanto, la pesadísima mesa se estampó contra la puerta de cristal con marco de aluminio.

Se produjo un colosal estrépito. El resistente cristal de la puerta saltó desmenuzando en fragmentos.

En aquel momento brotó el chorro de luz del tubo fluorescente y Kanner pudo ver la gigantesca silueta que escapaba, corriendo a grotescos pero ágiles saltos, hacia el jardín. Pasmado de asombro, contempló aquel extraño cuerpo en forma de pinnípedo, dotado de una brillante piel oscura, brazos y piernas que parecían aletas y una cabeza hundida entre los hombros, de la cual Kanner sólo pudo ver el occipucio.

El asombro le dejó paralizado. Pero cuando aquella colosal silueta antropeide se alejó, Kanner reaccionó.

— ¡¡Quieto!! —gritó como un energúmeno—. Quédese ahí!

Todavía le quedaba la duda de si aquel ser podría entenderle. Pero la silueta se perdió entre los setos del jardín.

Kanner vaciló un momento. Pero finalmente abrió un cajón de un tirón, tomó una linterna y salió al jardín.

El batín era demasiado largo y su rueda se enredaba en sus pies, de forma que apenas podía correr. Decidido a todo, Kanner se despojó de

aquella prenda y la dejó en pos de sí.

La lluvia, abundante y fría, empapó en pocos segundos su fino pijama. Corrió desesperadamente a través de los troncos de los castaños, mascullando su ira y su frustración, porque la criatura a la que perseguía había desaparecido a su vista. De todas formas, en la noche lluviosa el cono luminoso de su linterna apenas servía para ver a unos metros de distancia.

Saltó la valla y dirigió la linterna aquí y allá, buscando la grotesca silueta bamboleante.

Si se trataba de Hoongry, no cabía la menor duda de que era un individuo muy veloz. En todo lo que podía abarcar con su linterna, Kanner no pudo ver lo que buscaba.

Fue entonces cuando vio surgir un fuerte resplandor por encima del seto que separaba su jardín del de los Stevens, sus vecinos más próximos. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse y luego una trémula voz masculina que preguntaba:

— ¿Quién anda por ahí?

— Si se refiere a este lado de la valla, soy yo, Pat: Artie Kanner. Un intruso se introdujo en mi casa —¿cómo explicar a Stevens lo que acababa de ver?—. Le he perseguido, pero de pronto desapareció. ¿Ha visto algo sospechoso, Pat?

— Yo no he visto ni oído nada, Artie, pero mi esposa asegura que oyó algo extraño, como si un cuerpo voluminoso cayera a la piscina. ¡Maldita sea, a cuerpo gentil y con este condenado tiempo pillaré una pulmonía! —se dolió Stevens.

Kanner podía ver a su vecino, que tenía una linterna en la mano y vestía un sencillo batín de seda, que la lluvia comenzaba a empapar.

— Escuche, Pat: lo mejor es que vuelva adentro...

— Audrey no me perdonaría que no compruebe si alguien ha caído a la piscina —respondió Stevens, testarudo—. ¿No puede saltar la valla y acompañarme?

Estaba el ancho seto de boj de metro y medio de altura. Y estaba también la cerca de piedra, un poco más alta, que separaba ambas propiedades.

— Lo intentaré —prometió Kanner—. Pero no se acerque a la piscina. Podría ser peligroso.

Artie guardó el revólver en el bolsillo de su empapada chaqueta, apartó los arbustos, se hirió el pecho con una rama seca y afianzó ambas manos en el tope de la cerca, tras lo cual se dio embite con fuerza, hacia arriba.

Por desgracia, cuando ya estaba arriba, su pie derecho se enganchó en el tupido seto, de modo que perdió el equilibrio y cayó de cabeza al jardín de los Stevens.

En aquel momento, las aguas de la piscina se agitaron salvajemente.

Kanner no pudo verlo, pero sí oírlo. También oyó el alarido de espanto de Pat Stevens, que siguió chillando como un condenado sin lograr arrancarse de aquel lugar.

Cuando el policía recobró un poco la conciencia, se incorporó y vio una sombra que traspasaba de un increíble salto la cerca que limitaba la piscina de los Stevens.

A su vecino se le habían caído las gafas del susto y estaba agachado y tembloroso, tratando de recuperarlas.

Kanner se acercó a él, se inclinó y le ofreció los lentes.

— Cállese, Pat, o sufrirá un síncope —habló Kanner, al tomarle por los hombros y advertir la vibración que lo sacudía de pies a cabeza.

Stevens se caló los lentes y se agarró a Kanner.

— ¡Di... Dios mío, qué cosa más... horrible! —tartajeó—. Sa... salió de la piscina y se quedó mirándome un momento... Creí... temí que... que viniera hacia... aquí. Pero se... se incorporó y... escapó.

La señora Stevens atisbaba a través de los cristales. Pero no se atrevió a salir para auxiliar a su esposo. Fue Kanner quien acompañó al azogado Stevens hasta el interior de la casa.

Audrey Stevens dirigió una larga e inquisitiva mirada a Kanner, cuya anatomía se transparentaba a través del pijama mojado.

— No sé qué es lo que acaba de ocurrir ni quiero saberlo, señor Kanner. Pero le ruego que salga de esta casa ahora mismo —pronunció la buena señora con toda dignidad.

—Jamás atendería una invitación con mayor gusto —respondió Kanner. Y salió a la terraza, alcanzó el jardín, encontró su revólver entre el mantillo húmedo, saltó la cerca, corrió hacia la cocina y cerró la puerta.

Se desnudó apresuradamente, se dio unas friegas con colonia y se puso un pijama seco y limpio, de felpa.

A pesar de todas estas precauciones no pudo impedir un violento estornudo, seguido de un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Pero aquel escalofrío no se debía sólo a la mojadura, sino a los incidentes que acababa de vivir.

— No cabe duda de que se trata de un ser inteligente —pensó—. Lo demuestra el hecho de que se ocultara en la piscina. Estuvo allí sumergido largos minutos, hasta que me vio saltar la cerca. Sólo entonces decidió huir definitivamente.

Ahora estaba seguro de que aquel era Hoongry. Bob Drake tenía razón: en ocasiones nuestra mente se resiste a creer aquello que no podemos comprender... aunque sea tan real como el tintineo de unas monedas en el bolsillo.

Se dirigió al salón y encendió todas las luces que halló a su paso.

Y descubrió que la botella de whisky que había dejado en el borde de la biblioteca se había hecho añicos contra el pavimento.

Siguiendo las huellas de lodo, volvió al dormitorio de Betty. ¡Hoongry había estado allí, era evidente! Todo el piso enmoquetado de la estancia aparecía sucio y embarrado. Trató de establecer si faltaba algo. La habitación estaba abarrotada de todas clases de juguetes: casitas, rompecabezas, automóviles a pilas, muñecas...

Estaba distraído cuando le sobresaltó el brusco timbrado del teléfono del salón.

Corrió hacia allá y levantó el auricular.

Quien le llamaba era su vecino, Pat Stevens.

— Quiero disculparme con usted, Artie: mi esposa se ha portado desconsideradamente con usted. Ella no ha visto nada y cree que lo que acabo de contarle es producto del abuso del whisky de malta — dijo Stevens. V añadió—: Aún no he podido sacudirme el susto, amigo mío... a pesar de que acabo de tomarme una copa de brandy y dos comprimidos tranquilizantes. Dígame, ¿qué clase de horrible bicho era ése? Parecía producto de una pesadilla, nunca vi nada igual. ¿Qué le parece?

Kanner tardó en contestar. Tras reflexionar unos segundos dijo:

— Me temo que, en definitiva, hemos sido víctimas de una estafa psicológica. A pesar de ese pavoroso aspecto, yo creo que sólo se trataba de un granuja... disfrazado adecuadamente.

Stevens asimiló lentamente aquellas palabras.

— ¿Un disfraz, dice? —masculló, al cabo—. Es posible, no lo había pensado... De todas formas, si como usted dice, se trataba de un ladrón, no acabo de comprenderlo.

— ¿Por qué, si puedo saberlo? —preguntó Kanner, impaciente.

— ¡Me parece ridículo! Cuando salió de la piscina, ese... individuo sólo llevaba una muñeca con un vestido azul y pelo rubio. La vi perfectamente.

Kanner se despidió enseguida y colgó el teléfono.

Una arruguita de perplejidad se marcaba en su entrecejo.

Entró en el dormitorio de Betty, registró los armarios y... comprobó que faltaba la muñeca preferida de su hija, «Beth», con un vestido azul y la «cola de caballo» hecha con pelo sintético de color rubio.

Precisamente Betty estimaba mucho a «Beth» porque la rubia muñeca se parecía extraordinariamente a ella misma.

Capítulo 8

A nadie habló acerca de la extraña visita de la noche anterior. El tema no se prestaba a confiarse a nadie, excepto a Bob Drake, al que pensaba presentar sus sinceras y humildes excusas.

Pero el doctor Drake había ido aquella mañana a llevar a una de sus

pacientes a Holborn, la señora Stewards, que debía ser operada de una hernia. Posiblemente Bob no regresaría antes del mediodía.

Naturalmente, Artie Kanner se sentía como sobre ascuas. Deseaba ponerse en acción, investigar, decidir... pero no podía hacer nada hasta que hubiera hablado largamente con Bob Drake y acordado entre los dos el plan más conveniente.

Y, sin embargo, ¿qué plan? El problema era tan insólito que Kanner incluso dudaba en enfrentarse abiertamente al mismo.

Tal vez debería ponerse en comunicación con el gobernador del Estado, esperar instrucciones, delimitar sus responsabilidades y funciones. Pero ¿no le tomaría por loco un hombre tan sensato y realista como el gobernador Louis T. Bourne?

A las nueve de la mañana desayunó un par de tazas de café en el «Winer Bar». Seguidamente se trasladó a la comisaría, donde un adormilado Pinchard le dio los buenos días.

A las diez quince de la mañana, Jeff —que acababa de relevar a Pinchard— le pasó una llamada procedente de Dow Rivers.

El semblante de Kanner se aclaró. ¡Probablemente se trataría de Olivia, que quería saber noticias de él!

No era su esposa. Era un policía llamado Burke.

—¿Es usted el jefe de policía Kanner? —Artie contestó con un gruñido de asentimiento—. Tengo una nota escrita para usted, pero no estoy seguro de saber interpretarla correctamente.

— Haga lo que pueda, Burke —respondió Kanner, impaciente.

—Verá: un auto-patrulla de la policía de tráfico acaba de traer a dos mujeres heridas. Una de ellas está grave, la otra sólo sufre la fractura de un brazo. Pero perdió el conocimiento cuando estaba dictando esta nota dirigida a Arthur Kanner, jefe de policía de Greenville, de modo que...

— Burke, ¿puede usted decirme los nombres de esas dos mujeres? —preguntó suavemente Kanner, aunque al borde de la paciencia.

— Desde luego, señor. La más grave es la señorita Barbra Tunner — Kanner se incorporó: Barbra era la hermana de Olivia —, la otra es ía señora Olivia Kanner... Por cierto, ¿es alguien de su familia, jefe? El apellido coincide.

Kanner se puso en pie de un salto, aunque todavía fue capaz de disimular la cólera que le embargaba.

— Será mejor que lea esa nota, Burke —sugirió.

— Sí, jefe, enseguida. Son pocas palabras. Dice: «Hoongry se llevó a Betty. ¡Haz algo!», eso es todo —dijo Burke.

Kanner palideció hasta la raíz de sus rubios cabellos.

—¿Cómo ha dicho?

— «Hoongry se llevó a Betty. ¡Haz algo!» —repitió obedientemente el policía Burke—. ¡Oiga, jefe, esto parece una llamada de socorro! Por si

le interesa saberlo, el accidente ocurrió a pocos kilómetros de Dow Rivers, hace poco más de media hora. Al parecer, la señorita Tunner y la señora Kanner se dirigían a Greenville. Ahora mismo están atendiéndolas dos médicos en el dispensario.

Kanner pronunció un seco «¡gracias!» y colgó inmediatamente.

Por unos instantes permaneció tan rígido y paralizado como si un rayo acabase de fulminarle.

Luego descolgó su chaquetón de la percha y abandonó el despacho.

—Jeff, voy a Dow Rivers. Mi mujer ha sufrido un accidente. Encárgate de todo. Te llamaré en cuanto pueda —anunció.

Garey se puso en pie de un brinco.

— Lo siento, jefe. No se preocupe. No me moveré de aquí hasta que usted regrese —respondió, sinceramente preocupado.

Vio salir a Kanner, que cerró de un portazo, atravesó la calle, puso el motor de su automóvil en marcha y salió a toda velocidad haciendo rechinar los neumáticos sobre el húmedo asfalto.

Seguía lloviendo cuando alcanzó la carretera a Dow Rivers.

— ¡Dios bendito! —gruñó entre dientes—, ¿Cuándo dejará de llover?

Conducía con los dientes apretados, los ojos entornados, el pie como un plomo sobre el acelerador.

Cuando se dio cuenta, la aguja del velocímetro señalaba ciento cuarenta kilómetros por hora. Demasiado rápido para circular por una carretera tan estrecha y con la lluvia de cara.

Aflojó la marcha hasta noventa kilómetros por hora y se esforzó en controlar sus sentimientos más íntimos.

Pero en su cerebro —y sobre todo en su corazón— sólo había una idea obsesionante:

— ¡Betty!

«Hoongry se llevó a Betty», era el mensaje de Olivia.

Se cruzó con un camión que le obligó a orillarse peligrosamente y, además, manchó su parabrisas de lodo. Kanner contuvo una maldición.

A las once menos cuarto de la mañana, Kanner penetraba en la tranquila población de Dow Rivers. Se dirigió directamente al dispensario médico y subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Una enfermera le encaminó a la planta superior, donde se entrevistó con el doctor Reeves.

— Están operando a la señorita Tunner. Por fortuna, sus lesiones internas no son tan graves como temimos al principio. En cuanto a la señora Kanner, acaba de recuperar el conocimiento, después de que le colocásemos el húmero en su sitio y le escayolásemos el brazo... ¿Dice que es usted su esposo? En ese caso, puede pasar. Pero no se demore demasiado. Su esposa parece haber sufrido un fuerte shock — le dijo Reeves.

Entró en la habitación y miró a Olivia con ansiedad.

En el rostro de su mujer estaban grabadas indeleblemente las huellas del miedo y la desesperación. Lo del accidente de tráfico, incluso su brazo roto, poco tenían que ver si se les comparaba con el pánico que latía en los bellos ojos de Olivia Kanner.

— No hables mucho, querida —dijo Artie, arrodillado sumariamente a su lado—. Sólo quiero hacerte unas preguntas. Me llamaron desde esta población y me leyeron una nota. Decía: «Hoongry se llevó a Betty». ¿Es cierto?

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Olivia.

— Fue... horrible, Artie. Queríamos darte una sorpresa. Barbra estaba de acuerdo. Se trataba de hacer una visita relámpago a Greenville. No, no pensábamos regresar aún. Sólo queríamos almorzar contigo, pasar unas horas juntos y regresar a Dow Rivers a primeras horas de la tarde. Y...

Los sollozos la ahogaban, pero Artie acarició sus mejillas y ella hizo un esfuerzo por superar su lastimoso estado psíquico.

— Emprendimos el viaje a las nueve y media. Betty iba alborozada. Había preguntado docenas de veces por ti y sólo ansiaba volver —susurró Olivia—. Y de pronto, a orillas del río Green vimos surgir aquella horrible visión... ¡Dios mío, Artie, jamás había visto nada más horrible!

Con los ojos desorbitados, Olivia seguía contemplando a aquel monstruo mitad bestia, mitad hombre.

— Era realmente una bestia horripilante, pero tenía una cierta expresión humana... Lo cierto es que Barbra seguía mirándola como sugestionada. El coche llegó a la curva, se salió del firme, rodó cuesta arriba por un desmonte, se inclinó a la izquierda y cayó dando tumbos...

Olivia no había perdido el conocimiento, pero Barbra yacía inmóvil sobre el volante arrojando un hilillo de sangre a través de la boca.

— Entonces le vi acercarse al automóvil. Nuestra hija, Artie, no se asustó. Oí decir a Betty: «Hola, Hoongry». Vi penetrar aquellos largos brazos cubiertos de fino y espeso vello negro en nuestro coche. Los dedos como tentáculos tomaron a Betty y la sacaron del automóvil... Comencé a chillar como una histérica, pero ese... Hoongry había desaparecido ya con nuestra hija. Ahora mismo, recordándolo, creo que jamás llegaré a recuperarme, Artie. ¡Temo volverme loca!

— No te volverás loca, querida —susurró Kanner a su oído—. Tenemos que aceptar las cosas como son... Yo también me resistía a creer la historia de Betty. Pero era real. No pasará nada. Yo recuperaré a Betty, estoy seguro.

Pero su esposa tenía la mirada perdida, abandonada ya a toda esperanza.

En silencio, Artie salió de la estancia. El doctor Reeves vino a su encuentro en cuanto le vio.

— Creo que le convendría un sedante, doctor —sugirió Kanner—. La he encontrado presa de una gran excitación.

— Ya se lo previne. No se preocupe. Ahora mismo le inyectaré un tranquilizante. Puede irse tranquilo. Nos ocuparemos de ella —respondió amablemente Reeves.

Kanner caminó a largos pasos corredor adelante.

No veía a las personas con las que se cruzaba. No veía nada. Sólo veía en su imaginación a Betty en brazos de aquella siniestra criatura que respondía al extraño nombre de Hoongry.

«Puede irse tranquilo», acababa de decirle el doctor Reeves.

¿Tranquilo?

Arthur Kanner llevaba una tormenta desatada en su corazón.

Volvió a su coche, dio al motor como un autómatas y salió a la carretera. Pero no se dirigió a Greenville, sino a Holborn.

A las doce del mediodía se entrevistaba con el doctor Drake en el vestíbulo del County Hospital.

Al ver la palidez y crispación del rostro del jefe de policía de Greenville, Drake se inmutó.

— ¡Artie! ¿Qué ha sucedido? Tienes muy mal aspecto.

Kanner se lo explicó todo con trémulas e inseguras palabras.

— Quiero que me acompañes. ¿Puede ser?

— Por supuesto que sí, dada la gravedad del caso. Por fortuna, he entregado ya la ficha clínica de mi paciente, la señora Stewards, a la que he dejado en buenas manos. Mi presencia no es imprescindible aquí. Espérame. Volveré en unos pocos minutos —advirtió el doctor Drake.

Como había prometido, Bob volvió enseguida.

— Vamos —dijo. Y tomó a su amigo por un brazo y lo sacó del hospital. Sin pronunciar una palabra, Artie le tendió las llaves de su coche y Bob comprendió: Kanner no se sentía suficientemente sereno como para conducir cuarenta kilómetros bajo la lluvia.

A las dos y cuarto estaban en Greenville. Kanner fue a su oficina; Drake a su casa, para advertir a su esposa que estaría varias horas fuera.

Drake quería que utilizaran su espacioso furgón para emprender el camino al lago, pero Kanner optó por utilizar su coche, dotado de un transmisor-receptor de largo alcance.

Recogieron algunas cosas y partieron sin llamar la atención. Seguía lloviendo sin cesar, aunque no soplabas el viento.

— He consultado el almanaque —dijo Drake—. Esta noche es luna llena. Tal vez eso nos facilite las cosas.

En el asiento trasero iba el rifle de Kanner con abundante munición.

También llevaban una cesta con comidas y bebidas, preparada urgentemente por Jenny, la esposa de Drake.

El corto viaje hasta la orilla norte del lago Kachapi se convirtió en un lento chapotear de neumáticos a través de amplias zonas encharcadas. Serían poco más de las tres de la tarde cuando dieron vista al lago. Bob llevó el automóvil hasta un angosto claro arropado por un grupo de sauces y frondosos arbustos.

En cuanto el coche se detuvo, Bob se apeó, se separó unos metros y echó un vistazo a los alrededores.

Volvió al cabo y dijo:

— El coche ha quedado perfectamente oculto, de modo que podemos estar seguros de que nadie nos descubrirá fácilmente — se acomodó tras el volante y cogió la cesta de la comida — . Vamos a tomar un bocado —dijo.

Pero Kanner apenas probó una loncha de jamón y una manzana. Sin embargo, bebió con gran ansiedad un par de cervezas.

Por el contrario, Drake comió con gran apetito. Luego lo recogió todo y lo devolvió al asiento posterior.

—Tenemos un termo con café caliente, pero prefiero dejarlo para más tarde —dijo.

Kanner permanecía en silencio, concentrado en sus sombríos pensamientos.

Entretanto, Bob puso la radio a poco volumen y encendió un cigarrillo.

Durante un rato estuvieron escuchando música y fumando un cigarrillo tras otro, mientras la lluvia seguía cayendo mansamente sobre la tupida floresta.

A las cinco, escucharon un boletín de noticias.

— «Nuevas complicaciones han surgido en relación con el accidente de la presa Big Indian. Contra los pronósticos del ingeniero Maxwells, la pequeña grieta aparecida en el dique de hormigón armado, se ha abierto hasta una anchura de cuatro centímetros —pronunció el locutor—. El agua empieza a filtrarse a través de la grieta. Por desgracia, el aliviadero principal se ha atorado y los dos secundarios no tienen aforo suficiente para largar el volumen de agua que recoge el

pantano. Los buceadores han intentado desatracar el aliviadero, pero las aguas revueltas han provocado una nueva tragedia. Uno de los buceadores, Thomas Anderson, ha quedado atrapado en el aliviadero y sus compañeros se han visto obligados a abandonar el rescate. Parece inminente la catástrofe. Las autoridades han tomado toda clase de precauciones para...»

— ¿Has oído? —preguntó Bob, estupefacto.

Kanner asintió con la cabeza.

— Sí. Ya oí la noticia anterior. Pero eso nada tiene que ver con nosotros —dijo.

— ¿Quién sabe? —respondió el médico—. Si la presa se rompe, el nivel del lago bajará muchos metros. Ya veremos...

Lentamente, transcurrió la tarde. Antes de que anoheciera por completo, Bob preguntó:

—¿Vamos?

Y Kanner respondió afirmativamente.

Recogieron el rifle, la bolsa de la comida y otra que contenía linternas y un gran rollo de cuerda y otros útiles.

Se pusieron los impermeables y abandonaron el automóvil. Siguiendo la orilla del lago a pocos metros, avanzaron hacia el borde oriental del Kachapi.

Poco a poco fueron prosperando hacia el sur. El terreno se volvía más y más abrupto y el borde más rocoso y erizado.

Antes de que se hiciera de noche, habían alcanzado la cima del talud bajo el que se encontraba la boca de la caverna.

Se apostaron junto al tronco de un gran pino añoso y se pusieron en cuclillas.

— Tal vez, todo resulte inútil —murmuró Kanner, escéptico.

—Ten confianza. Algo me dice que todo resultará bien — respondió Bob Drake.

La noche llegó rápidamente. Pero la oscuridad no era absoluta: a pesar de que el cielo estaba cubierto por negros nubarrones, una claridad lechosa —el fulgor de la luna llena— irradiaba desde lo alto.

Bob sacó unos prismáticos y atisbó con gran atención la superficie del lago en toda su extensión.

De repente, apartó los prismáticos y exclamó:

— ¡Diablos! ¡Yo diría que el nivel de las aguas está bajando rápidamente! ¡Mira! —y tendió los prismáticos a su camarada.

Kanner echó una ojeada. En efecto, la superficie del lago bajaba ostensiblemente. Con toda probabilidad habría descendido ya más de seis metros.

Kanner pronunció sin emoción:

— Era de esperar —devolvió los prismáticos a Drake—. La presa Big Indian ha reventado por fin.

* * *

La niña lloriqueaba continuamente.

— Eres malo, Hoongry —sollozó—, ¡Yo no quiero ir contigo a esa horrible cueva! Te lo he dicho muchas veces... Quiero volver con mis papás.

Pero Hoongry caminaba bamboleándose entre la chorreante floresta.

— ¡Por favor, por favor Hoongry! Siempre fuiste bueno conmigo —

clamó Betty—. ¿Por qué ahora te niegas a escucharme?
La niña, completamente mojada, se estremeció de frío y de miedo.
— ¡Te lo suplico, Hoongry! ¡Devuélveme a casa! —insistió, atemorizada.
Se debatió con todas sus fuerzas. Pero los largos brazos la oprimían y sujetaban férreamente, aunque sin producirle el menor daño.
— ¡Eres malo, malo, malo! ¡Ya no eres mi amigo, Hoongry! —gimió Betty.
Pero Hoongry proseguía implacablemente la marcha a través del bosque que rodeaba el lago Kachapi.

Capítulo 9

Despertó bruscamente cuando Bob le golpeó con un codo.
A pesar de todo, ¡Kanner se había dormido, rendido por la fatiga!
— ¡Despierta, despierta! ¡Está ocurriendo algo inaudito! —susurró Drake a su oído.
Se frotó los párpados bajo la capucha del impermeable y se incorporó pesadamente.
Pasmado de asombro, percibió la intensa luminosidad que bañaba las orillas del lago.
— ¡No es la luna! —exclamó, perplejo.
— ¡No! —exclamó Bob, excitadísimo—. Acabo de asomarme al borde del acantilado. Es una luz potentísima que surge del fondo del lago.
Drake le tomó de un brazo, dijo «ten cuidado, no resbales», y le llevó hasta el borde rocoso, distante unos ocho metros.
Se detuvieron a un metro del precipicio, sujetos al delgado tronco de un pino joven.
Las aguas siempre oscuras del lago Kachapi, expandían ahora una potente luminosidad azulada.
Era fácil ver las irregularidades del fondo en la zona más próxima a las orillas, incluso las algas más profundas que crecían en el cieno. A medida que la vista avanzaba hacia el centro, la luz se hacía más potente, hasta concentrarse en un gran círculo que expandía un fulgor cegador, que dañaba la vista.
—¿Qué es eso? —preguntó Kanner, espantado.
—¿Quién puede saberlo? —respondió Drake, desorientado. Y añadió —: El agua ha seguido bajando y bajando rápidamente. Creo que el nivel ha descendido ya unos cuarenta metros...

En aquel momento, oyeron el rumor de una zambullida. Kanner y Drake se miraron, espeluznados. El resplandor que provenía del lago bañaba sus rostros demacrados de un fantasmal color azul lechoso.

—Voy a averiguarlo —dijo Bob, decidido.

Se agachó, se arrojó de bruces sobre la roca y aventuró su cabeza unos centímetros hacia el vacío.

— ¡Dios mío! —le oyó murmurar Kanner.

Con los nervios a flor de piel, Artie se agachó e imitó a su amigo.

Una zambullida. Y otra, y otra...

Miró con ansiedad hacia abajo.

De la boca de la caverna, que tenía un relumbre metálico, surgían atropelladamente docenas, centenares de criaturas semejantes a Hoongry.

Con su paso erguido y bamboleante, abandonaban la gruta y se lanzaban al lago, cuarenta metros más abajo.

La sangre se enfrió en las venas de Artie Kanner. Sentía todo el horror del mundo latiendo en el zumbido de sus sienes y en el temblor que agitaba todo su cuerpo, pero le era absolutamente imposible separarse de aquel lugar.

Las corpulentas siluetas monstruosas seguían saliendo a borbotones de la gruta. No se detenían en la plataforma rocosa donde Bob y Kanner habían atado el bote neumático; sin la menor indecisión, se lanzaban al agua con espectaculares y continuos saltos que hacían burbujear las ahora clarísimas aguas de Kachapi Lake.

— ¡Es... increíble! —susurró Bob, despavorido—, Pero ahí están.

El éxodo de los monstruos proseguía sin cesar.

Sobre el fondo clarísimo del lago se veían sus cuerpos que nadaban rápidamente con la facilidad de los peces, formando una larga línea que iba desde la húmeda plataforma pétreo hasta el disco cegador que ocupaba el centro geométrico de aquella parte del lago.

Luego bruscamente, el movimiento cesó.

Sólo una de aquellas criaturas quedaba en la plataforma rocosa. Indecisa, se diría que miraba hacia el fondo de la gruta.

Un escalofrío de horror sobrecogió a Kanner al distinguir los cabellos rubios y el vestido azul del bulto que aquella criatura monstruosa llevaba entre sus largos brazos.

— ¡Hoongry! —exclamó Kanner, espeluznado—. ¡Es... es él! ¡Y... se... se lleva a Betty!

Temblaba tan violentamente que Bob hubo de sujetarle para evitar que Artie resbalara y cayera al vacío.

— ¡Cálmate, Artie! ¡No es Betty, estás equivocado! ¡Mira con atención! ¡Lo que ese ser lleva en los brazos es una simple muñeca...!

Parpadeó, transtornado, enloquecido. Pero hizo lo que Bob le pedía. Y comprendió que su amigo decía la verdad. El bulto que había tomado

por Betty... era «Beth», la muñeca de cabellos rubios que Hoongry había robado de su propia casa.

En aquel instante, Hoongry se volvió hacia el lago y saltó.

Bob siguió la procesión de monstruos a través de los prismáticos. Un momento después, se los entregaba a Kanner y susurraba:

— ¡Mira! ¡Esos seres... se diría que se funden con el disco azul! Desaparecen en cuanto alcanzan la zona más resplandeciente.

Banner contempló el extraño fenómeno. La larga hilera de criaturas nadadoras terminó bruscamente y desapareció en la luminosidad azul.

En aquel instante, la roca trepidó con gran intensidad. Y no era sólo la roca: también las aguas del lago parecían hervir.

La luz aumentó, hasta que su potencia fue tal que Bob y Kanner hubieron de proteger sus ojos con ambas manos.

Un zumbido que dañaba los oídos se dejó oír entonces.

Kanner miró a través de la rendija de sus dedos y contempló algo insólito... ¡el disco azul se elevaba del fondo del lago, ascendía vertiginosamente hacia las alturas y desaparecía fulminantemente entre las nubes.

Luego todo quedó en silencio. Kanner separó sus manos del rostro y advirtió que la luna derramaba sus rayos sobre el lago, cuyas aguas brillaban ahora tenuemente, con un destello de plata.

Y entonces, precisamente entonces, ambos amigos escucharon aquel llanto infantil.

— ¡¡Betty!! —exclamaron al unísono.

Miraron hacia abajo y vieron a la niña que avanzaba despacio por la cornisa rocosa gritando:

— ¡Mamá, mamáita! ¡Papá...!

Parecía deslumbrada, porque seguía avanzando temerariamente hacia el borde de la plataforma. Se encontraba apenas a dos metros del precipicio, cuando Kanner gritó con todas sus fuerzas:

-¡¡BETTY, DETENTE!! ¡QUEDATE AHI!

La niña se detuvo rígidamente y dirigió su mirada a las alturas.

— ¡Espera, hijita! No te muevas —seguía gritando el jefe de policía — . ¡Bob y yo bajaremos enseguida! Bajaremos y te rescataremos. No temas, hija. Por favor, no te muevas. Sólo es un momento, enseguida estamos ahí.

* * *

Betty sigue yendo hoy al colegio especializado, que pronto abandonará para ingresar en una escuela normal. Inexplicablemente, la niña ha superado sus problemas psico-somáticos y se ha convertido en una persona normal.

Arthur Kanner no quiere preguntarse cómo ha podido suceder. En realidad, su máximo interés es relegar al olvido tantos recuerdos

inquietantes.

A veces, el doctor Drake y él hacen algunos comentarios, aventuran algunas suposiciones, pero Kanner apenas quiere recordar el hecho de que hallasen el esqueleto de Edna Malone en la caverna del lago Kachapi.

La tranquilidad ha vuelto a Greenville. Barbra Tunner, la hermana de Olivia, deja transcurrir su convalecencia en el hogar de los Kanner. Betty ha encontrado en su tía a su mejor amiga.

Bob Drake sigue ocupándose de atender amablemente a sus múltiples pacientes y el ayudante Jeff Garey se preocupa de recoger, por la noche, a los borrachínes que vagan por las calles escandalizando a los vecinos.

Greenville ha vuelto a su vida habitual.

Incluso se habla de que el Estado llevará a cabo una repoblación piscícola del lago Kachapi. V esto después de que el Gobernador recibiera el informe secreto enviado por el jefe de policía Kanner y avalado por el doctor Drake.

En primavera se emprenderá la reconstrucción de la presa «Big Indian» y las aguas volverán a su nivel normal.

Sin embargo, es casi seguro que, aunque las tencas y los barbos proliferen en aquellas aguas, Artie Kanner no acudirá jamás a pescar a sus orillas...

F I N

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



**APASIONANTES
TEMAS
PARA EL MUNDO
DE HOY**

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.